

*La lucha de clases en
Francia en 1789
(Los antagonismos de clase
en la época de la
Revolución Francesa)*

Karl Kautsky

Alejandría Proletaria



Valencia, septiembre de 2018
germinal_1917@yahoo.es

Versión al castellano desde *La lutte des classes en France en 1789*, Librairie G. Jacques & C^a, París, 1901, con traducción al francés de Édouard Berth. El subtítulo *Los antagonismos de clase en la época de la Revolución Francesa* está tomado de la [sección en francés del MIA](#) que reproduce la segunda edición, en 1908. De ahí también tomamos y traducimos el “**Prefacio**”.

Traducimos la carta de Engels a Kautsky (del 20 de febrero de 1889 y que incluimos como anexo) en la que le hace algún comentario sobre el contenido de los artículos que dieron lugar a este folleto y le suministra a Kautsky tanto bibliografía como textos que éste luego incluye en la edición como libro en nota a pie de página. Hasta donde sabemos, esta edición de Alejandría Proletaria es la primera versión al castellano que se ha hecho tanto de esta obra de K. Kautsky como de la carta de Engels.

Índice

Prefacio a la segunda edición (1908)	3
I Introducción	5
II La monarquía absoluta.....	7
III Nobleza y clero	11
IV Los funcionarios	18
V La revuelta de los privilegiados	21
VI La burguesía	23
VII Las clases liberales	28
VIII Los sans-culottes	33
IX Los campesinos.....	38
X El extranjero.....	46
Anexo: [Carta de Engels a Kautsky, 20 febrero de 1889].....	54

Prefacio a la segunda edición (1908)

Lo que provocó este estudio es el calendario. Publicado primero en 1889 en forma de serie de artículos en la revista *Neue Zeit*, se republicó como folleto para el centésimo aniversario del inicio de la Gran Revolución bajo el título de *Los antagonismos de clase en 1789*. La ocasión sugirió el título, pero una vez pasada ésta ya no se adapta al objeto de este ensayo, que no se limita al año 1789, sino que cubre toda la duración de la revolución. Por tanto, lo he modificado para esta reedición pero sin cambiar nada de su contenido.

El objetivo que perseguía hace ahora veinte años al escribir estas páginas está, desgraciadamente, todavía de actualidad: se trataba de combatir una interpretación trivial del materialismo histórico, un marxismo vulgar que causaba extragos un poco en todas partes en aquella época.

Cuando fue fundada *Neue Zeit* en 1883, la concepción materialista de la historia, y más generalmente la teoría marxista, a pesar del *Manifiesto Comunista* y el *Anti-Dühring* de Engels, todavía eran muy marginales y muy mal comprendidas, incluso en los medios socialistas. Esto estaba muy claro en la revista científica de la socialdemocracia alemana de 1877, donde nada hacía sospechar que existía alguna cosa de ese género. En 1889, por el contrario, esta concepción se había impuesto no solamente en la socialdemocracia alemana sino, también, en toda la socialdemocracia internacional. Engels y sus amigos alemanes habían contribuido mucho en el *Sozialdemokrat* y la *Neue Zeit*, y con la misma eficacia Guesde y Lafargue habían hecho lo mismo en los países latinos, Axelrod y Plejánov en los países eslavos.

Pero la conversión al marxismo de las jóvenes generaciones de los medios intelectuales del partido había sido demasiado brusca, demasiado precipitada, y en muchos de los nuevos adeptos se hacía notar la falta de una verdadera comprensión de esta teoría. Si se quiere asimilar el marxismo en todas sus dimensiones, si, más allá de la adhesión a la lucha de clases en el terreno de las luchas, se trata de conquistar una reflexión plenamente independiente en el dominio del saber, hay que romper definitivamente con los modos de pensamiento de la ciencia tradicional y familiarizarse bastante con las diferentes disciplinas para poder prescindir de las muletas de la ciencia burguesa. Querer trabajar sobre la base del marxismo sin satisfacer estas condiciones es exponerse al riesgo de caer en un marxismo vulgar que puede, ciertamente, ser suficiente a quien se contenta con popularizar lo que Marx y Engels ya hallaron, pero que está condenado al fracaso si se abandonan los caminos señalados.

Para ese marxismo vulgar, muy extendido en 1889, saber que la evolución de las sociedades es un producto de la lucha de clases y que la sociedad socialista surgirá de la lucha entre la burguesía y el proletariado le es suficiente para suministrar las claves de toda sabiduría. Entre otros trabajos este estudio se marcó la tarea de combatir a aquel marxismo vulgar, poner en guardia contra el peligro de ver reducido el marxismo a una fórmula hecha y a un cliché simplista. Se quería mostrar cuánto se enriquece el entendimiento de los hechos cuando se aplica a la historia el principio de la lucha de clases, pero también hacer luz sobre la cantidad de problemas que de ello se derivan. Se quería impedir determinada tendencia a edulcorar no solamente la teoría sino, también, la práctica de la lucha de clases, mostrando que la política socialista no debe contentarse con tomar nota de la oposición entre capital y trabajo en general, que también debe

cribar el conjunto del organismo social en todos los detalles, estando dado que, subordinadas a esta contradicción principal, existen muchas otras todavía en la sociedad, de importancia menor, ciertamente, pero que es preciso no descuidar ya que entenderlas y explotarlas puede ser una ventaja importante para la política proletaria y puede hacerla mucho más fecunda.

La introducción ofrece algunas indicaciones sobre los objetivos que yo perseguía ante el marxismo vulgar. En aquellos momentos no había motivo alguno para proceder de forma más radical.

Pero resulta que en la época en que se publicó este estudio ya maduraba la revuelta de una parte de los marxistas vulgares contra el marxismo, la revuelta de los "jóvenes" en Alemania, de Dome Niewnhuis y Cornelissen en Holanda, que creían que su deber era defender la teoría de la lucha de clases incluso contra Engels en persona, al que acusaban de no haber entendido a Marx.

Tras la muerte de Engels, estos elementos fueron aún más lejos, y esta evolución recibió refuerzos de otros marxistas vulgares. En un período de prosperidad, en el que las autoridades tenían una actitud tolerante, aquellos de ahí en adelante le encontraron pegas al mismo marxismo tal y como lo entendían, y arremetieron contra el mismo marxismo vulgar que antaño habían predicado como el verdadero marxismo, pero también contra un marxismo en general, con argumentos ya anarquistas, ya liberales. Todo esto con la aprobación de quienes desde el principio habían rechazado el marxismo.

En esta situación, la prioridad de los marxistas, en la medida en que no estaban acaparados por la política cotidiana, era limpiar y defender en adelante lo que representaba la adquisición del marxismo. Y como al mismo tiempo nuestro partido se reforzaba en tales proporciones que las tareas prácticas de organización política y sindical, las tareas periodísticas, absorbían la energía de toda la joven generación de intelectuales, se comprenderá que en ese período quedaban pocas fuerzas disponibles para proseguir la elaboración científica del marxismo.

A causa de esto, el esbozo que escribí hace ahora veinte años sobre los antagonismos de clase en la época de la Gran Revolución, desgraciadamente no ha caducado a causa de otros trabajos.

Sin embargo, en breve y afortunadamente, se verá completado por una obra sobre la Revolución Francesa que H. Cunow está a punto de preparar, y sobre la que quiero llamar la atención, desde ya, a todos los lectores de mi opúsculo que quieran penetrar más adelante en esta cuestión.

Muy pronto ya se habrán sucedido cuatro generaciones desde los inicios de la Gran Revolución, pero este grandioso acontecimiento continúa aún produciendo efectos en nuestros días, y es imposible entender completamente los antagonismos de clase actuales sin haber comprendido el drama en el curso del cual chocaron por primera vez sin envoltorio religioso y con la mayor violencia, y donde se revelaron sin maquillaje aquello que son realmente las clases de la sociedad burguesa. Pero también se desveló la misma esencia de esta sociedad estructurada por las contradicciones que la oponen, contradicciones que no pueden más que provocar repetidas catástrofes.

Las formas y la amplitud de las tragedias sociales varían en función de las técnicas en práctica en la economía, los intercambios y la política, pero ineluctablemente se reproducen también durante tanto tiempo como la estructura de la sociedad está hecha de clases antagónicas.

Karl Kautsky
Año Nuevo de 1908

I Introducción

Hace ahora cien años¹, el 17 de junio de 1789, los diputados del Tercer Estado, en los Estados Generales, cedieron ante la efervescencia revolucionaria, que se había apoderado del país entero, se constituyeron en Asamblea Nacional y representaron esta gigantesca tragedia social que, por excelencia, llamamos la gran revolución.

Por más vastas que hayan sido las esperanzas suscitadas por este movimiento revolucionario, los acontecimientos las superaron en mucho. El edificio feudal, que parecía tan sólido, se hundió como un castillo de naipes bajo el asalto popular; en el espacio de algunos meses, todos los vínculos que habían encerrado y casi ahogado a Francia fueron destruidos, y el capitalismo, tal como joven gigante, conquistó para sí el aire y la luz y todos los medios de desarrollo. Toda resistencia cedió ante el entusiasmo del pueblo liberado; Francia, que bajo el antiguo régimen se había convertido en el hazmerreír de Europa, oponía ahora una victoriosa fuerza ante el asalto de las monarquías europeas, coaligadas y unidas a la contrarrevolución interna. Y muy pronto flotaría triunfalmente sobre todo el continente la bandera de la revolución.

Es cierto que, por otra parte, muchas de las esperanzas concebidas por los hombres de la revolución aparecieron como simples ilusiones. A pesar de la abolición de los privilegios feudales, el reino de la igualdad y la fraternidad no llegó; estallaron nuevos antagonismo de clase, nuevas luchas políticas, nuevas revoluciones. La miseria no disminuyó, el proletariado creció, al mismo tiempo se desarrolló la explotación de las clases trabajadoras, el estado y la sociedad salientes de la revolución no respondieron al ideal de Montesquieu ni al de Rousseau. La realidad venció a la idea.

Un acontecimiento histórico como la revolución, se puede considerar bajo aspectos tan múltiples que todos los puntos de vista (los de quienes quieren glorificarla y magnificarla como los de quienes no tienen ante ella más que sarcasmos y mofas) encontrarán en él con qué legitimar cada uno de ellos su punto de vista.

Si uno quiere colocarse en el punto de vista moral, nada más fácil, tampoco, que servirse de la revolución para fines partidarios. Una catástrofe como la revolución exalta las pasiones hasta el más alto grado: cada uno de los bandos en lucha han hallado ejemplos de las virtudes más admirables, de un heroísmo y desinterés sin parangón, como también ejemplos de bajeza, crueldad, cobardía y avaricia. Adversarios y amigos de la revolución pueden darse el gusto muy fácilmente de lanzar sobre unos y otros lo bueno y lo malo.

Por extraña que sea tal forma de escribir la historia, pocos historiadores de la revolución francesa han podido, sin embargo, renunciar a hacerlo. Y es completamente natural. Los antagonismo de los que la revolución fue la estallido, no han sido superados todavía plenamente; y los nuevos antagonismo que hizo nacer desde entonces no han dejado de adquirir una forma cada vez más aguda y grandiosa. No existe ningún partido moderno que, por la tradición o la simpatía, por la analogía de las situaciones o de finalidades, no tenga cierto parentesco con un partido de la revolución y, en consecuencia, no esté dispuesto a reivindicar aquello que sus adversarios juzgan precisamente con la mayor severidad.

¹ Este escrito fue publicado en alemán en el centenario de la gran revolución.

La Revolución Francesa ha dado lugar, sin embargo, a una concepción de la historia que hace posible un estudio objetivo de todos los fenómenos históricos: esa concepción no busca, en efecto, la causa del devenir histórico en la voluntad de los hombres, sino, en última instancia, en la acción de la economía que, al menos bajo el sistema de producción mercantil, lejos de depender de la voluntad de los hombres los domina y los sobrepasa, por decirlo así, por encima de sus cabezas.

Los historiadores de la revolución la presentan como obra de los filósofos, los Voltaire y Rousseau, los oradores de la Asamblea Nacional, los Mirabeau y Robespierre, pero les es imposible dejar de señalar que el conflicto, del que la revolución es el resultado, tenía su fuente en los antagonismos de los dos primeros estados con el tercero, y tampoco pueden dejar de ver que este antagonismo no era en absoluto pasajero, accidental, sino que ya se había producido en los Estados Generales de 1614 y antes, que había sido un factor esencial del desarrollo histórico, en particular del endurecimiento del poder absoluto de los reyes, y que, en definitiva, ese conflicto hundía sus raíces en la estructura económica.

Pero en la mayoría de las exposiciones de la revolución, la lucha de las clases aparecía y aparece todavía no como la causa de todo el trastorno social sino como un episodio que se intercala en las luchas de los filósofos, oradores y hombres de estado, ¡como si éstas no fuesen las consecuencias necesarias de aquél! Hacía falta un potente esfuerzo intelectual para que, aquello que aparecía como episódico, fuese reconocido como la causa no solamente de toda la revolución sino de todo el devenir histórico.

La concepción materialista de la historia, así formada, todavía hoy en día es vivamente contestada. La idea que la revolución francesa fue el resultado de una lucha de clases entre el Tercer Estado y los dos primeros está, por el contrario y desde hace mucho tiempo, universalmente admitida; ha dejado de ser una simple teoría, ha devenido popular, en particular entre la clase obrera alemana. El deber de los partidarios de esta teoría consiste hoy en día más en protegerla ante cualquier mezquina interpretación que en defenderla.

Cuando se reduce el devenir histórico a una lucha de clases se está demasiado dispuesto a ver solamente en la sociedad dos campos, dos clases en lucha, dos masas compactas, homogéneas, la masa revolucionaria y la masa reaccionaria, la que está abajo y la que está arriba. Siendo así, nada más cómodo que escribir la historia. Pero en realidad las relaciones sociales no son tan simples. La sociedad es y deviene cada día más un organismo extraordinariamente complejo, con clases muy diversas que tienen unos intereses muy divergentes, que pueden agruparse bajo la bandera de múltiples partidos.

Y todo lo que es verdadero para el presente lo es también para los tiempos de la revolución. Muchas expresiones del vocabulario político moderno se clarificarán lanzando una mirada a la situación respectiva de las clases hace ahora cien años: no es pues éste un trabajo carente de actualidad.

II La monarquía absoluta

Antes de considerar los antagonismos de clase en 1789 nos parece indicado lanzar una mirada sobre la forma política en el seno de la que se desarrollaron. La forma política determina la manera en que las clases buscan hacer valer sus intereses; en una palabra, determina las modalidades de la lucha de clases.

De 1614 a 1789 la forma política en Francia fue el absolutismo real; esta forma de estado excluye, en el curso normal de la vida social, toda lucha de clases intensiva pues se opone a toda actividad política de los “sujetos”; a larga, pues, es incompatible con la sociedad moderna. Una lucha de clases debe llevar a una lucha política: toda clase que asciende, si no tiene derechos políticos, debe luchar para conquistarlos. Y una vez conquistados esos derechos, las luchas políticas están lejos de cesar: no hacen, por el contrario, más que comenzar, (verdad ante la que, tanto en 1789 como más tarde en 1848, muchos ideólogos se mostraron sorprendidos y asustados).

El absolutismo (es decir la independencia en relación con las clases dominantes, forma política en la que el poder público no es directamente un instrumento de dominio para una clase, sino en la que el estado parece llevar una existencia independiente, trascendente a los partidos y clases) sólo se puede establecer allí donde todas las clases (todas las que cuentan en la vida social) están en equilibrio, de forma que ninguna de ellas es lo bastante fuerte como para apoderarse en beneficio propio del poder. El estado puede entonces mantener neutralizadas a todas las clases, a unas frente a otras, y ponerlas a todas al servicio de su dominación.

Tal fue, precisamente, la situación en Francia en el siglo XVII. El modo de producción feudal estaba en decadencia; la nobleza y el clero, cuyo poder reposaba en la propiedad feudal, ya no eran capaces de mantener su independencia política ante el estado, estado que se apoyaba en el creciente poderío del dinero. Estas dos órdenes se convirtieron en los servidores del reino, los sostenedores del absolutismo. Una parte cada vez más grande de la nobleza acudió a la corte, formando alrededor del rey una especie de servidumbre más brillante, y el rey, a su vez, le aseguraba el bienestar material. La nobleza, y con ella el alto clero, cesaron de oponerse al absolutismo real para devenir sus más firmes apoyos.

El poderío de la realeza se hizo tanto más ilimitado cuanto más grandes eran los medios de poder que ponía en sus manos el modo de producción. En tiempos de la feudalidad todas las comunas de las que se componía el estado, habían sido casi independientes unas de otras desde el punto de vista económico: producían por sí mismas en cantidad suficiente todo aquello que necesitaban. Su independencia económica tenía como consecuencia su independencia política. La producción mercantil y el comercio pusieron a las diferentes partes del país, por el contrario, en dependencia de uno o diversos centros económicos, y a la centralización económica le sucedió la centralización política.

Los órganos de la administración pública centralizada (una burocracia que cada vez extendía más su impronta y que, cada vez mejor disciplinada, estaba de más en más en manos del rey) sustituyeron a los órganos de la administración autónoma de las provincias y comunas.

Al lado de la burocracia, debido a toda una serie de causas a las que la producción mercantil tampoco era extraña, pero que sería muy largo enumerar aquí, se

formó un ejército permanente, completamente dependiente del rey, destinado a defender el reino contra los enemigos externos, pero capaz, también, de reprimir las revueltas armadas en el interior del país.

Ciertamente que para mantener estas instituciones nuevas se necesitaba mucho dinero, y el estado, en última instancia, se encontraba de hecho en dependencia de la burguesía capitalista. Si ésta rehusaba los impuestos, o planteaba para su pago ciertas condiciones y ganaba en ese intento, lo hacía a costa del absolutismo, de la plena independencia del gobierno. Pero mientras que esa clase, ya por debilidad o por interés, no creyó necesaria esa resistencia, los detentores del poder público pudieron imaginarse realmente que el estado debía servir a sus intereses personales.

El estado sólo era el dominio real, el interés del rey se confundía con el interés del estado. Cuanto más rico y poderoso devenía el estado, más rico y poderoso era el rey. Su deber más importante fue desde entonces proveer de bienestar material a esos sujetos, como se pastorea a las ovejas que se quiere esquilar. Cuanto la burocracia reemplazó más a las antiguas formas de la administración feudal, más extendidas e importantes fueron sus intervenciones en el dominio económico, y más celo mostró el estado en proteger la industria, el comercio y la agricultura, en apartar, mediante reformas, administrativas o de otro tipo, los obstáculos que se oponía a su desarrollo y en favorecer a las clases que producían la riqueza contra la excesiva opresión y extenuante explotación de los privilegiados; en una palabra, cuanto más absoluta devenía la monarquía más aumentaba su tendencia a ser “ilustrada”.

Este aspecto de la monarquía en el siglo XVIII lo ponen de relieve con mucho gusto todos aquellos que quieren mostrar, con la historia en la mano, que la “monarquía social”, la protección de los débiles, el deseo de bienestar material para el pueblo, han sido la “vocación natural” de la monarquía; vocación que desgraciadamente el parlamentarismo impide substituyendo un poder que trasciende a los partidos por la dominación de los partidos, de los intereses privados.

La gente que razona así olvida dos cosas: la primera es que la intervención de los reyes en el siglo XVIII en la vida económica no tenía como objetivo la protección de los débiles sino los intereses de la “riqueza nacional”, es decir de la producción mercantil.

A quienes se protegía en realidad era a los capitalistas: directamente, mediante las aduanas, monopolios, subvenciones; indirectamente, mediante las mejoras aportadas a la enseñanza, la abolición de la servidumbre, etc. En cuanto a la protección de los débiles, ésta era la menor de las preocupaciones reales si la “riqueza nacional”, y en consecuencia los ingresos del estado, no veían afectados. Los gobernantes del último siglo no se preocupaban por el proletariado, por los obreros y mendigos, más que para mantenerlos embridados con medidas policíacas. Y no se pensaba en proteger a los campesinos o artesanos más que en el caso en que su solvencia, en lo tocante al pago de impuestos, estuviese en cuestión.

La “protección de los débiles” no tenía, en realidad, otro objetivo más que el de favorecer a la clase de la que el estado dependía, si bien no todavía políticamente al menos sí en una amplia medida económicamente, es decir a la burguesía.

Pero los impuestos no eran la única fuente de ingresos de los reyes del último siglo: además todavía tenían sus tierras, y en ellas la realeza mantenía las trazas de su origen feudal. El rey era, en general (sin tener en cuenta a la Iglesia), el mayor propietario terrateniente del reino, sobre todo en Francia.

Léonce de Lavergne escribe: “No sabemos exactamente cómo estaba repartida en 1789 la propiedad, solamente sabemos que los dominios reales, como se ha acordado en llamar, cubrían, igual que los bienes de las comunidades, un quinta parte del suelo de

Francia.”² Se puede estimar cómo de enormes eran las extensiones que habían tomado si se piensa que sólo los bosques reales se extendían sobre un millón de arpendes (dominio comparable en extensión al Gran Ducado de Oldenburg).

Hay que añadir además los bienes de los príncipes de la familia real que, según Necker, ocupaban una séptima parte de Francia.

Ahora bien, como propietario de los dominios feudales, el rey tenía intereses diferentes que como propietario del estado. Él mismo señor feudal, del que todos los señores eran primos y “buenos amigos”, tenía toda la razón para mantener resueltamente la explotación feudal, los privilegios feudales, y para oponerse a las reformas que hubiesen podido ponerlos en peligro. Como jefe de la feudalidad, su deber no era favorecer el bienestar material de sus sujetos sino extraerles la mayor parte de ingresos posibles para gastarlos en su propio interés, en el interés de su corte, de la nobleza devenida nobleza de corte. Siendo el primero entre los privilegiados, no buscaba dotar al estado del objetivo de la protección de los débiles, es decir de los no privilegiados, contra los fuertes, los privilegiados, sino, por el contrario, la represión de toda tentativa de los débiles para resistir ante los fuertes.

Así, la monarquía del siglo XVIII tenía dos almas, una “ilustrada”, la otra “prisionera de los prejuicios de la sombría edad media”. Ahora bien, a medida que el régimen feudal caía en decadencia y que se desarrollaba el capitalismo, a medida que la nobleza y la burguesía se contrabalanceaban cada día más, la realeza podía dominar muy bien a ambas, pero ello solamente de una manera absolutamente formal: en realidad debía servir a los intereses de una y de la otra. Y el absolutismo fue tan “protector de los débiles contra los fuertes” que el resultado de sus intervenciones en la vida económica fue someter a las clases inferiores no solamente a la explotación feudal sino, además, a la explotación capitalista, tanto que al final pareció encarnar la explotación misma.

Pero los intereses de la nobleza y de la burguesía estaban demasiado opuestos para que la monarquía absoluta pudiese satisfacerlos plenamente sin sacrificar a la burguesía, y recíprocamente.

Las luchas entre estas dos clases no cesaron jamás enteramente bajo la monarquía absoluta; pero durante el largo tiempo que se mantuvo el equilibrio, durante el largo tiempo en que la burguesía no se sintió con fuerzas para poner el estado al servicio de sus intereses, la lucha entre la nobleza y la burguesía revistió sobre todo la forma de maniobras entre camarillas para obtener el favor real; y, naturalmente, en ellas sólo podían participar quienes se encontraban en la cúspide de la sociedad: nobleza de corte, altos dignatarios de la Iglesia, altas finanzas, representantes más conocidos de la burocracia y de la burguesía intelectual, etc. El rey también se mantenía tan poco por encima de los partidos como se mantiene en el régimen parlamentario. La única diferencia es que en el régimen absolutista los intereses de los que el rey era instrumento eran mucho más mezquinos, y más mezquinas también las maquinaciones e intrigas con las que se ganaba su favor.

Si se considera a esas luchas e intrigas alrededor del rey, dividido entre camarillas, como en otros tiempos el cuerpo de Patroclo entre los troyanos y los aqueos, si se considera esta “doble alma” de la monarquía del último siglo, siendo el rey al mismo tiempo jefe de la administración de un estado moderno y jefe de la feudalidad, se apercibe uno de que el rey necesitaba un espíritu, de una claridad, y un carácter, de una firmeza, particulares para mantener alguna unidad en el gobierno. La confusión tenía que hacerse inextricable cuando el estado caía en manos de un príncipe sin carácter. Sin

² Léonce de Lavergne, *Economie rurale de la France depuis 1789*, París, 1866, página 49.

embargo éste fue, precisamente, Luis XVI. Y este príncipe tuvo la desgracia de tener como mujer a María Antonieta, de carácter completamente opuesto; su arrogancia, junto a su obstinación rebelde, le resultaron funestas. María Antonieta no albergaba ninguna sospecha de que pudieran existir otros intereses diferentes a los de la corte. Para ella la realeza sólo tenía un deber, divertir a la corte y proveerla de dinero.

Vamos a ver qué significaba eso.

III Nobleza y clero

La nobleza y el clero sólo constituían una pequeña parte de la nación³, sin embargo, sólo una pequeña parte de ellos (y no la más grande) llevaba en el siglo XVIII esa vida de fasto y lujo cuyo resplandor y prodigalidades caracterizan a la sociedad de los privilegiados antes de la revolución. Sólo la élite de la nobleza y del clero, los señores que poseían vastos dominios, podían permitirse ese lujo y prodigalidades y rivalizar entre ellos por el resplandor de sus salones, el esplendor de sus fiestas y la magnificencia de sus moradores: era, por otra parte, la única rivalidad de la que era capaz todavía la nobleza. Hacía mucho tiempo que los nobles se habían hecho demasiado perezosos y demasiado abúlicos para rivalizar en los dominios en los que las capacidades y esfuerzos personales hubiesen decidido la victoria. La victoria era para quien gastase más y pareciese tener los mayores ingresos, rivalidad muy en consonancia con el carácter de la producción mercantil. Pero la nobleza todavía no se había adaptado al nuevo modo de producción tan bien como lo ha hecho la nobleza de nuestros días. Sabía muy bien cómo gastar su dinero pero no prestaba todavía atención, como los nobles de hoy en día, a cómo aumentar sus ingresos mediante el comercio de lana, el trigo, el aguardiente, etc. Reducida a sus ingresos feudales, la nobleza se endeudaba rápidamente. Y si éste era ya el caso para la alta nobleza, ¡qué decir de la media y pequeña nobleza! ¡Existían numerosas familias nobles que no sacaban más de 50 libras, incluso 25, de ingreso anual de sus fondos! Cuanto más precaria devenía su situación, más exigentes e implacables eran con sus campesinos. Pero eso rendía poco. Los préstamos sólo le ofrecían una ayuda pasajera, la miseria se hacía, en consecuencia, más apremiante. Únicamente el estado podía ser de alguna ayuda en esta situación de peligro: explotarlo se convirtió cada vez más en la ocupación principal de la nobleza. Todas las funciones remuneradas que el rey podía ofrecer, eran su presa. Y, como el número de arruinados, o de aquellos a los que amenazaba la ruina, aumentaba de año en año, así crecía el número de esas funciones; se acabó encontrando los pretextos más irrisorios para concederle a la nobleza necesitada un derecho a la explotación del estado. Y, naturalmente, junto a esa nobleza necesitada, la alta nobleza, poderosa, endeudada y ávida, no se dejaba olvidar.

Los cargos en la corte estaban entre las sinecuras más buscadas. Las mejor pagadas de todas exigían para su cumplimiento poco saber y trabajo, y llevaban directamente a la fuente de todos los favores y de todos los placeres. 15.000 personas estaban ocupadas en la corte, la mayoría de ellas sólo estaban en la corte para obtener un título lucrativo. Un décima parte de los ingresos del estado, más de 40 millones de libras (hoy día serían alrededor de 100 millones), estaban consagrados al mantenimiento de esta masa parásita.

Pero esos cargos no le eran suficientes a la nobleza. En la administración pública había diferentes suertes de funciones: unas exigían cierta preparación y mucho trabajo, eran las menos remuneradas, y sobre ellas recaía todo el peso de la administración, así que se dejaban para los burgueses; pero el resto, en las que sólo hacía falta

³ Taine estimaba el número de nobles y “clérigos” en alrededor de 270.000. A la nobleza le adjudicaba de 25 a 30.000 familias, con 140.000 miembros; al clero, 130.000 miembros, entre los cuales 60.000 curas y vicarios, 23.000 monjes y 37.000 monjas. (Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea*, I, 17, 527.)

“representar”, y cuyos titulares no tenía por misión más que aburrirse, ellos y sus iguales, sin contar con que estaban generosamente dotadas, se las reservaba la nobleza.⁴

Al principio, para las plazas de oficiales en el ejército se había tenido en cuenta, ante todo, el mérito. Bajo Luis XIV se podían encontrar en el ejército tanto oficiales burgueses como nobles. Éstos no tenían preferencia más que en tiempos de paz. Pero a medida que creció la avidez de la nobleza por las funciones, ésta buscaba la forma de reservarse las más altas plazas en el ejército. Los grados inferiores, donde el servicio era el más duro, fueron abandonados para la “canalla”. Pero las plazas que estaban bien pagadas, y que no pedían, sobre todo en tiempos de paz, más que un poco de trabajo y saber, devinieron privilegio de la nobleza. Los oficiales costaban 46 millones de libras anuales: el resto del ejército tenía que contentarse con 44 millones. Cuanto más se endeudaba la nobleza, con más ansia velaba la nobleza por esos privilegios. Pocos años antes de la revolución (1781), apareció un edicto real que reservaba las plazas de oficiales a la vieja nobleza. Cualquiera que quisiese convertirse en oficial debía de justificar no menos de cuatro cuartos de nobleza por ascendencia masculina. Así, no solamente la burguesía, sino toda la nobleza cuyos títulos databan de menos de un siglo estaban excluidas de los altos grados del ejército.

En la Iglesia, las plazas más elevadas, las mejor pagadas, estaban reservadas expresamente a la nobleza, ya porque fuesen de fundación, ya porque el rey, cuando las proveía, sólo dejaba acceder a ellas a los nobles. Ese privilegio de la nobleza a las plazas bien dotadas incluso fue expresamente determinado poco tiempo antes de la revolución, aunque la cosa no se hizo pública. Las 1.500 ricas dispensas de las disponía el rey recaían exclusivamente sobre la nobleza, así como las plazas de arzobispo y obispo. Y en la Iglesia había pequeños puestos abundantemente pagados. El cardenal de Roan, arzobispo de Estrasburgo, recogía, como príncipe de la Iglesia, ¡más de un millón de libras al año! Se comprende que este pastor de almas pudiese darse el lujo de comprar un collar de diamantes de 1.400.000 libras con la esperanza de ganarse los favores de la reina María Antonieta.

Pero todas las plazas tan ricamente dotadas, en la Iglesia, en el ejército y en la administración y la corte, no eran suficientes para la avidez de la nobleza endeudada. Ésta asediaba al rey para obtener dones extraordinarios: aquí, un noble acorralado para sacarlo de sus aprietos en dinero, allí el capricho de un alto señor o de una gran dama que había que satisfacer. De 1774 a 1789, se entregaron nada más que 228 millones de la caja del Tesoro Público, en pensiones, dones, etc., y de esos 228 millones, 80 le correspondieron a la familia real. Los dos hermanos del rey sacaron, de esta manera, cada uno de ellos 14 millones. El ministro de finanzas, Calonne, pocos años antes de la revolución, cuando el déficit en el presupuesto del estado era enorme, compraba para la reina el castillo de Saint-Cloud, 15 millones, y para el rey el de Rambouillet, 14 millones. Pues el rey no se consideraba solamente como jefe de estado sino, también, como el primer señor de Francia, y no tenía ningún escrúpulo en enriquecerse, como tal, a costa del estado.

La familia Polignac, que gozaba del favor particular de María Antonieta, se hizo con un ingreso de 700.000 libras para ella únicamente en pensiones. El duque de Polignac obtuvo una renta vitalicia de 120.000 libras y un regalo de 1.200.000 libras para la compra de un dominio.

⁴ Según una ordenanza de 1776, he aquí cuáles eran esas plazas: 18 gobernaciones generales de provincia, con una asignación de 60.000 libras; 21 con 30.000 libras; 114 gobernaciones, con 8-12.000 libras; 176 lugartenencias de ciudad, con 2.000-16.000 libras; en 1781 se creó, además, 17 plazas de comandantes superiores de ciudad, con un ingreso fijo de 20.30.000 libras y una indemnización mensual por alojamiento de 4-6.000 libras. Y habían también plazas de comandantes inferiores.

Hasta aquí no hemos visto en la nobleza más que la organización de un pillaje al estado y al pueblo. Presentarla sólo bajo esta luz sería, sin embargo, inexacto. Una parte considerable de la nobleza (pero siempre una minoría) no solamente es que no participaba en ese pillaje sino que se levantaba contra él con la más viva indignación. Era la pequeña y mediana nobleza de las provincias que se había quedado retrasada desde el punto de vista económico y en la que la economía feudal todavía florecía, como en una parte de Bretaña y como en Vendée. Allí los señores permanecían en sus castillos, siguiendo la antigua usanza, en lugar de viajar a París y Versalles; viviendo como vivían en medio de sus campesinos, ellos mismos no eran casi más que campesinos un poco mejor educados, rudos y sin cultura, pero plenos de fuerza y orgullo, sus necesidades, que se limitaban a beber y comer bien, eran fácilmente satisfechas por los dones en especie de sus vasallos. Sin deudas, no realizando gastos lujosos, no tenían ningún motivo para acrecer las prestaciones que se les debían ni para percibir las con rigor. Se mantenían en buenas relaciones con sus campesinos. De vivir juntos y en condiciones análogas nace cierta simpatía. Y, en estas provincias retrasadas, el señor no era, como en otros lugares, un explotador inútil y parásito. En las provincias más avanzadas, la burocracia real había retomado, poco a poco, todas las funciones administrativas, judiciales y de policía que el señor ejercía en otros tiempos. Lo que le había quedado importaba poco para el orden y la seguridad de su dominio: de un medio para garantizar el buen estado había hecho un medio de explotación. Los funcionarios encargados de la justicia y la policía en las tierras señoriales no recibían sueldo, por el contrario debían pagar por su plaza, comprando así el derecho a “desplumar” a los subordinados de su dueño.

En las viejas regiones feudales era diferente. El señor todavía administraba allí su hacienda, se ocupaba de los caminos, aseguraba la seguridad, zanjaba los litigios entre sus campesinos, castigaba los crímenes y delitos. Ejercía incluso todavía a veces la antigua función de protector contra el enemigo de fuera. Y ese enemigo, en verdad, no eran ejércitos extranjeros sino los recaudadores de impuestos del rey que se presentaban de vez en cuando en esos rincones para robarlos; se tienen ejemplos de recaudadores expulsados por el señor cuando se dedicaban a exacciones demasiado grandes.

Esos nobles no estaban dispuestos en absoluto a someterse sin condiciones al poder real. La nobleza de la corte, con sus agregados en el ejército, la Iglesia y la alta burocracia, tenía todos los motivos para sostener el absolutismo real. Si los nobles, en tanto que señores feudales, no lograban arrebatarlo todo al campesino, los recaudadores de impuestos y los funcionarios del rey se encargaban muy bien del resto, y cuanto más grande y absoluto era el poderío real, mejor lo conseguían. Cuanto más ilimitado era el absolutismo, más arbitraria e implacablemente se podía apretar los tornillos de los impuestos y el rey podía distraer del tesoro público dones para sus creadores.

Pero eso no le interesaba al “hidalgo”. Ni le llegaba nada ni tenía necesidad de los favores de la corte. Por el contrario, si la tuerca de los impuestos se apretaba, sus vasallos se empobrecían y él perdía en crédito y en autoridad lo que la burocracia real ganaba en extensión acaparando el poder administrativo, judicial y policial.

Los “hidalgos” no se veían, como los cortesanos, como lacayos del rey sino, según el viejo espíritu feudal, como sus iguales. Para ellos, igual que en los tiempos de la feudalidad, el rey era el mayor señor entre los señores, el primero entre iguales, sin el asentimiento de los cuales no podía realizar ningún cambio en el estado; ante el poderío real, trataban de mantener sus libertades y derechos hereditarios, sin gran éxito por otra parte. Y esta actitud les parecía tanto más legítima a medida que las necesidades del estado aumentaban, a medida que se introducían nuevos impuestos, que afectaban a la

nobleza, aunque debían contribuir a las cargas públicas sin participar en los regalos del gobierno a la nobleza. Igualmente, reclamaban economías con un vigor cada vez más grande; querían reformas financieras y el control del presupuesto por una Asamblea de los Estados.

Vemos así a la nobleza partida en dos fracciones enemigas: por una parte, la nobleza de corte y su séquito, que comprende tanto a la alta nobleza como a la mayoría de la aristocracia media y pequeña y que está absolutamente a favor del mantenimiento del absolutismo real; por otra parte, la nobleza rural, compuesta por la mediana y pequeña nobleza de las regiones atrasadas, y que reclama con vivacidad la convocatoria de los estados para controlar la administración pública.

Si no se juzga a los partidos del pasado según los intereses de clase que representaban sino según el acuerdo exterior de sus tendencias con los programas políticos modernos, se debería de llamar “avanzados” y “liberales” a esos elementos retardatarios que querían, de concierto con el Tercer Estado, substituir la monarquía absoluta por la monarquía parlamentaria.

Y sin embargo, nadie más opuesto a las ideas nuevas y a las clases nuevas que esos “hidalgos”. El hidalgo alimentaba contra la burguesía el odio del campesinado contra el ciudadano, del hombre de la economía natural contra el hombre del dinero, del ignorante contra el hombre educado, del noble contra el advenedizo. En todas partes en que se encontraba con él (lo que, a decir verdad, no ocurría a menudo) no disimulaba el menosprecio que le merecía.

Por el contrario, la nobleza de las ciudades y una parte de la burguesía se aproximaron muy deprisa. Sin duda alguna la aristocracia de la corte no miraba a los pequeños burgueses con menos desdén que el hidalgo, y el artesano podía tenerse por muy honrado si tenía que trabajar para un gran señor: en cuanto a querer que se le pagara su trabajo, la pretensión habría parecido exorbitante. Pero las relaciones eran completamente diferentes con los señores de la alta finanza. Éstos poseían lo que necesitaba la nobleza: dinero; dependían de ellos, de su buen placer, que fuese a la bancarrota o que se prolongase todavía su existencia. Con muy pocas salvedades, los aristócratas de la corte eran todos acreedores-esclavos de la alta finanza, desde el rey hasta el paje menor. No se podía respetar a semejante gente, Luis XIV, el fiero “Rey Sol” saludó un día en presencia de la corte como a un igual al judío Samuel Bernard; dicho judío, por otra parte, ¡era sesenta veces millonario! Los servidores del rey ¿debían mostrarse más orgullosos que su dueño? La alta finanza se acercaba cada vez más a la nobleza; compraba títulos nobiliarios y patrimonios. Y había más de un noble muy feliz por redorar su blasón con un casamiento con una rica heredera de la aristocracia del dinero. Uno se consolaba diciendo que el mejor campo necesita ser abonado de vez en cuando. ¡Desde entonces la nobleza se ha hundido pasablemente en el estercolero! Los salones de la alta finanza igualaban cada vez más a los de la nobleza, lo que, sin duda alguna, no contribuyó poco al acercamiento de las dos clases, reinaba la misma corrupción en ambas. Las prostitutas estaban en venta tanto para los vividores del Tercer Estado como para los condes, duques y obispos. En el prostíbulo caen las distinciones y la corte de Francia se parecía rabiosamente a un prostíbulo. Más arriba hemos visto cómo un arzobispo había intentado comprar a una reina con diamantes.

Algunos escritores (Buckle, por ejemplo) han visto en esta creciente mezcla de los nobles y la gente de las finanzas un efecto de las “ideas democráticas” que se supone agitaban a todos los espíritus antes de la revolución, perteneciesen a la clase que perteneciesen. Es una lástima que, precisamente en la misma época y para ocupar a esos mismos nobles “demócratas”, se exigiese cuatro cuartos de nobleza para ser oficial, se declarase a los bienes de la Iglesia propiedad exclusiva de la nobleza y se creasen para

ella nuevas sinecuras en la burocracia. No fueron las ideas democráticas sino los intereses materiales los que, en los tiempos incluso en que se aseguraba el privilegio exclusivo de la aristocracia a las funciones públicas, atenuaron las distinciones exteriores entre la vieja nobleza terrateniente y la nueva nobleza del dinero.

Esta “falta de prejuicios” de los nobles de París en sus relaciones sociales eran, naturalmente, motivo de escándalo para los “hidalgos”. ¡Qué decir de su “falta de prejuicios” en lo concerniente a la moral y la religión! La nobleza que todavía vivía dentro de su viejo dominio feudal se mantenía firmemente apegada a las ideas que eran como el reflejo ideológico natural, a la vieja religión de sus padres. Para la nobleza parisina, por el contrario, los restos de la feudalidad no eran más un medio para explotar a las masas y mantenerlas sujetas; sus funciones señoriales, de las que sólo había conservado el título y los ingresos, no tenían para ella otro sentido. Desde este punto de vista consideraba también a la religión. Para ella, que vivía en París, lejos de sus ruinas feudales, la religión había perdido toda suerte de significación; al igual que los restos de feudalidad, sólo le parecía más buena para mantener a las masas dentro del respeto y para explotarlas. Al “pueblo ignorante”, la religión todavía le parecía muy necesaria; pero la nobleza “ilustrada” podía reírse de ella.

La decadencia de las viejas costumbres, que habían perdido su base material, marchaba al mismo paso que el libre pensamiento en los salones de la nobleza. Para el señor que seguía siendo feudal, el mantenimiento de su casa y la conducta de su esposa revestían la mayor importancia; sin una economía de producción natural, se paraba todo el mecanismo de la producción. Un sólido matrimonio, una severa disciplina familiar, eran una necesidad. Para el cortesano, que no tenía nada más que hacer que entretenerse gastando dinero, matrimonio y familia se habían convertido en superfluos, eran “conveniencias sociales” molestas a las que uno se sometía en apariencias para tener herederos legítimos, pero a las que se estaba muy lejos de ceñirse rigurosamente. Se sabe demasiado cómo los reyes daban ejemplo a la nobleza del “amor libre” como para que sea necesario insistir más en ello.

La nobleza del campo se indignaba naturalmente tanto de esta “falta de prejuicios” de la nobleza de las ciudades como de su pillaje de las finanzas públicas, y la nobleza de las ciudades le echaba en cara a los hidalgos su rudeza, su ignorancia y su insubordinación. Ambas alimentaban una frente a otra las actitudes más hostiles.

Pero, junto a estas dos categorías de nobles, había además otras que se pasaban francamente al enemigo y combatían a fondo al régimen feudal. En las filas de la pequeña nobleza financieramente arruinada se encontraban, en particular, muchos que no amaban ni la carrera eclesiástica ni la militar, mal en la corte, o caídos en desgracia, asqueados a la vez por la pereza de los cortesanos y la grosería limitada de los hidalgos, reconocían como ineluctable la caída del Antiguo Régimen y, llenos de una profunda piedad hacia la miseria de las masas, se alineaban al lado del Tercer Estado, asociándose con la burguesía intelectual, con los escritores, con los panfletistas, con los periodistas, cuyo crédito crecía con la importancia en aumento del Tercer Estado. Eran los miembros más inteligentes, más enérgicos, más intrépidos, más resueltos, de la aristocracia: acudieron en un principio al Tercer Estado uno a uno, después, cuando su victoria fue decisiva, afluyeron en masa a sus filas, debilitando así a su clase en el momento en que habría necesitado concentrar todas sus fuerzas para retrasar al menos su caída.

Al mismo tiempo, la Iglesia y el ejército sobre los que se apuntalaba el Antiguo Régimen, también desertaban.

Hemos visto que en estos dos cuerpos las plazas más altas estaban reservada a la nobleza; en el Tercer Estado se reclutaban los oficiales subalternos y los curas:

máquinas sin voluntad que sólo tenían que ejecutar las órdenes venidas de arriba, en cada esfera tenían el mismo deber: oprimir a los subordinados. Y, sin embargo, aquellos a los que las clases reinantes transformaban así en instrumentos de dominación, pertenecían a la clase de los explotados.

La Iglesia era colosalmente rica. Poseía una quinta parte del suelo de Francia y las mejores tierras, las más fértiles y mejor cultivadas, de un valor muy superior al resto. Se puede estimar el valor de los bienes del clero en 4.000 millones de libras, y sus ingresos en 100 millones. En 1791 el diputado Amelot estimaba el valor de los bienes del clero, vendidos o por vender, en 3.700 millones, sin incluir los bosques. El diezmo le reportaba al clero, por otra parte, 123 millones anuales. De esos ingresos colosales, sin contar la fortuna mobiliaria de las corporaciones eclesiásticas, la parte del león le tocaba a los dignatarios y monasterios. Los 399 premonstratenses estimaban sus ingresos anuales en más de 1 millón; los benedictinos de Cluny, en número de 298, recibían anualmente 1.800.000 libras; los de Saint-Maur, en número de 1672, tenían unos ingresos netos de 8 millones, sin contar los ingresos de los abades y priores, que recibían todos los años una suma casi equivalente. Los curas, por el contrario, vivían en el más lamentable de los estados, residiendo en chozas miserables, a menudo siendo casi indigentes. Sin embargo, ¡sobre ellos recaía todo el peso de las funciones que la Iglesia en general había mantenido! Sobre si pertenecían a una orden privilegiada, no albergaban dudas. Unidos por lazos de familia con el Tercer Estado, sin esperanza de mejora, pobres, agobiados de trabajo, colocados en medio de una población miserable, debían predicar a esa población el deber de la absoluta obediencia a esos parásitos de los que ellos sólo recibían por todo salario patadas; tenían que ayudar a la explotación de un pueblo al que se le cogía hasta la última moneda, a la explotación de sus hermanos y padres, y ello en beneficio de libertinos arrogantes que gastaban en prostitutas el producto del trabajo de millares de hombres.

¿Y los oficiales subalternos del ejército tenían que dejarse desollar eternamente, sin salario ni esperanzas de mejora, por los jóvenes mocosos y por los jóvenes mequetrefes de la nobleza, que ni prestaban atención alguna al servicio ni se preocupaban mucho de él por lo demás, mientras que sobre ellos, oficiales inferiores, recaía el trabajo más duro e importante?

Cuanto más aumentaban la avidez y pretensiones de la nobleza, más ésta se reservaba exclusivamente las buenas plazas en el ejército y la Iglesia y más se alineaban los oficiales inferiores y los curas al lado del Tercer Estado. Los poderosos del día no se daban cuenta de ese movimiento: se lo ocultaba la obediencia pasiva a la que estaban obligados los subalternos del ejército y la Iglesia. El golpe fue, pues, más duro cuando en el momento decisivo, cuando necesitaban más a sus tropas, éstas se giraron contra ellos.

En los Estados Generales de 1789, la cuestión capital desde un principio fue saber si se votaría por cabeza o por orden. El Tercer Estado reclamaba el voto individual: el número de sus diputados era dos veces tan grande como el de cada una de los dos otros órdenes. La nobleza, por el contrario, creía que si se votaba por orden dominaría a los Estados Generales con la ayuda del clero.

En esa lucha, el clero abandonó a la nobleza. Entre sus representantes se contaban 48 arzobispos y obispos, y 35 abades y decanos, pero junto a 208 curas. Éstos se alinearon en gran número de parte del Tercer Estado y le permitieron obtener el voto individual.

El ejército debía acabar la derrota de la nobleza. La corte había reunido en Versalles y París a tropas que hacían inminente un golpe de estado. Con París aplastada se esperaba dar cuenta rápidamente de la Asamblea Nacional en que los Estados

Generales acaban de constituirse. Se provocó cuidadosamente un levantamiento con el despido de Necker (12 de julio). Pero no acabaría en el grado en que la corte lo había excitado. Los guardias franceses se pasaron al lado del pueblo, los otros regimientos se negaron a disparar, los oficiales tuvieron que hacerles replegarse para evitar que también desertasen. Pero el pueblo vigilaba para defenderse de un golpe de mano más serio. El 13 de julio tomo las armas, y como el 14 de julio se extendió la noticia que el barrio de Saint-Antoine estaba amenazado por los cañones de la Bastilla y que incluso al mismo tiempo tropas frescas llegaban a Saint-Denis, el pueblo, unido a los guardias franceses, se apoderó de la detestada ciudadela. La desertión de los curas y de los guardias son dos acontecimientos decisivos en la revolución.

Vemos así a toda la masa reaccionaria, nobleza, clerecía, ejército, dividida y anárquica cuando estalla la revolución. Una parte incierta, otra abiertamente de parte del enemigo; una parte reaccionaria pero opuesta al absolutismo y reclamando con ardor reformas financieras; otra “ilustrada”, pero profundamente comprometida con los abusos del sistema, devenidos para ella en una condición de vida hasta tal punto que una reforma financiera le descargaría el golpe de gracia; y, entre los privilegiados, apegados firmemente a sus privilegios, unos, valientes y enérgicos pero ignorantes, incapaces de ejercer el poder, los otros, instruidos, familiarizados con los asuntos públicos, pero sin vitalidad ni carácter; una parte, débil e inquieta, dispuesta a las concesiones, otra, arrogante y violenta; todas esas facciones combatiéndose unas a otras, empujándose mutuamente a lo que llegaba, y la corte entregada a sus influencias, dominada ahora por estos, ahora por aquellos, ahora entregándose a violencias, mañana mereciendo el desprecio por su cobardía: tal es el espectáculo que presentan las clases dominantes al comienzo de la revolución.

IV Los funcionarios

Entre los dos primeros órdenes y el tercero, los funcionarios de la administración pública ocupaban una situación particular.

Los órganos de la antigua administración feudal se habían mantenido en parte: habían perdido sus funciones esenciales pero no sus ingresos. Medios muy ventajosos de explotación pública en manos de la nobleza, esas plazas no habían desaparecido en absoluta en la medida en que se convertían en inútiles. Por el contrario: el número de las más lucrativas y superfluas de ellas aumentó en el curso del siglo XVIII, como hemos visto.

Al lado de esas cargas inútiles se habían tenido que crear, sin embargo, otras en la justicia, la policía, las finanzas, cuyo carácter respondía mejor a las condiciones de una monarquía moderna. Se habían instituido cada vez más y los titulares eran nombrados por el rey. Pero al principio habían recibido una remuneración insignificante o nula, y sus ingresos consistían más en derechos a beneficios eventuales, que la población paga a los funcionarios. Esos ingresos crecieron en la medida en que el cargo extendía su impronta; y para los reyes, cuyas necesidades de dinero eran perpetuas, fue un buen negocio no solamente conferir sino, además, vender esas funciones que reportaban tan buenos ingresos. Desde el siglo XV el uso de este sistema comenzó a extenderse y muy pronto devino para los reyes uno de los principales medios para hacer dinero. No solamente los miembros de los comités directores de los cuerpos de los oficios y otras corporaciones, sino también los mismos maestros se convirtieron en funcionarios públicos, que tenían que pagar por su cargo si su corporación no había sido lo bastante rica como para comprar su independencia; se arrebató incluso la autonomía a las ciudades y las funciones y dignidades comunales, a menos que las villas las recompraran a buen precio, fueron transformadas en funciones públicas: naturalmente esos funcionarios extraían sus emolumentos a costa de la población. Pero esto no era suficiente para acabar con la perpetua necesidad financiera de los reyes: se llegaron a crear las funciones más absurdas y las poblaciones estaban obligadas a proveerlas de dones. Así, por ejemplo, en los últimos años de Luis XIV, se instituyeron los siguientes cargos: inspectores de peluquerías, controladores de cerdos y de lechones, contadores de heno, consejeros del rey controladores en los apilamientos de madera, inspectores de mantequilla fresca, de mantequilla salada, etc., etc. De 1701 a 1715, el rey sacó de la venta de nuevos cargos unos ingresos de 542 millones de libras. Poco importaba quién comprase. Los tesoreros-pagadores del ejército compraban los cargos a quienes debían vigilarlos a ellos y, así, se liberaban de todo control.

Con tal organización de las funciones públicas, a la larga tenía que hacerse difícil administrar un gran estado moderno. También se formó un nuevo funcionariado, una burocracia fuertemente centralizada, enteramente en manos del rey, que no solamente cumplía las funciones de la administración feudal sino, también, las de los cargos venales cada día más superfluos, sin disminuir, sin embargo, su número ni la explotación que ejercían.

Por el contrario, los cargos venales hicieron nacer una nueva aristocracia. Además de la exención de impuestos y otros privilegios, los más importantes de ellos mediante ciertos dones, adquirieron además carácter hereditario, y se concedieron títulos de nobleza. Así se formaron a lado de la vieja nobleza feudal una nobleza de toga

y una nobleza de espada. La nueva nobleza, económicamente independiente del rey, se mostró a veces insubordinada, más insubordinada incluso que la vieja nobleza.

A la cabeza de esta aristocracia de funcionarios se mantenían los parlamentos, las más altas cortes de justicia.

El ascenso de la producción capitalista moderna había convertido a la clase de los juristas particularmente importante e indispensable. Cuanto más dominante en la producción fue la producción mercantil, más numerosos y complicados se hacían los contratos entre los propietarios privados, y más litigiosas las relaciones que de ello resultaban. El derecho feudal y la jurisprudencia feudal no estaban adaptados a esas relaciones que reclamaban un nuevo derecho, derecho que al principio se buscó extraerlo del derecho canónico, pero del que muy pronto se encontraron los fundamentos romanos. Las nuevas relaciones exigían también gente que pudiese consagrar toda su vida a la tareas de “lograr orientarse” en los meandros oscuros del nuevo derecho. La clase de los juristas, jueces y abogados, aumentó rápidamente y fue considerada indispensable. De hecho, una huelga de esa clase habría llevado a todo el comercio a un paro completo.

Nada más natural si las altas cortes de justicia gozaban de un prestigio particular. Ese prestigio lo aumentaba considerablemente su situación política. Los reyes de Francia veían en los parlamentos, (que se reclutaban en el seno del Tercer Estado y entregaban sus juicios sobre la base de un derecho favorable al absolutismo, el derecho romano) excelentes instrumentos para romper la resistencia de la nobleza feudal, y extendieron cada vez más, con ese fin, sus prerrogativas y poder a lo largo de los siglos XIV y XV. Pero la venalidad de los cargos judiciales, que se introdujo en el siglo XVI, hizo de los parlamentos, cuya importancia crecía día a día en toda la vida social y política y cuyos miembros se enriquecían cada vez más con emolumentos que aumentaban a vista de pájaro, cuerpos de una independencia económica muy grande: aunque tras haber conquistado sus prerrogativas al servicio de absolutismo, y para conservar dicha independencia y esos privilegios, acabaron atreviéndose a girarse contra él, y ello en el mismo momento en que la realeza había derribado todos los obstáculos y parecía todopoderosa.

Todas esas circunstancias, sin embargo, no bastan aún para explicar el papel considerable que el más elevado y antiguo de los parlamentos, el de París, jugó a partir del siglo XVI hasta el XVIII. Ni su antigüedad ni su rango bastan tampoco para hacer comprensible ese papel: pero ese parlamento era el parlamento de París, del París al que ningún rey (las guerras de religión lo habían demostrado bien) podía dejar de tener en cuenta. Y el prestigio del parlamento de París se apoyaba ante todo en la opinión pública parisina. Pero ante esta opinión tenía que hacer concesiones, debía adoptar una actitud que le concediese los aplausos de los parisinos. Las consecuencias de esta situación fueron notables.

Es natural que los funcionarios, económicamente independientes del rey, no solamente se hayan mostrado insubordinados sino que, además, en el manejo de su cargo solamente tuviesen en cuenta su interés privado. Sobre ellos no ejercían ninguna presión ni el miedo a una destitución ni la esperanza de una promoción.

No se contentaban con sus ingresos y emolumentos regulares sino que trataban de aumentarlos más abusando de la parte de poder público que detentaban. Los recaudadores de impuestos engañaban al fisco, olvidándose de los ricos que compraban sus favores, y compensaban el déficit sometiendo a los pobres a exacciones cada vez más duras. La justicia era venal; la policía era venal; lo arbitrario, el pillaje y la corrupción reinaban en todos los dominios de la administración pública.

En los parlamentos, que se mantenían a la cabeza de esta nobleza burocrática, era donde la corrupción florecía en más alto grado. Su infamia, venalidad y codicia igualaban su desdén aristocrático y el odio fanático con el que acogían todas las innovaciones que podían amenazar a sus privilegios: en el curso del siglo XVIII levantaron contra ellos la hostilidad de todos los espíritus rectos y amantes del progreso, y más de una vez se expusieron a la condena moral de la opinión pública. Voltaire combatió con gran energía a “los asesinos de Cals, Labarre y Lally” y las *Memorias* que publicó Beuamarchais en 1774 ponían de relieve de forma aplastante toda la corrupción de la justicia de entonces.

Pero para poder garantizar su corrupción y sus privilegios, el parlamento de París, que en cierta medida daba el tono al resto, debía estar a buenas con los parisinos: adoptaba las consignas que corrían por París. En 1648, durante la Fronde, los parlamentarios descendieron a las barricadas de concierto con los parisinos y la parte sublevada de la aristocracia; siempre de acuerdo con los parisinos, el parlamento de París se opuso al “despotismo” de los ministros de Luis XVI en nombre la “soberanía” y de la “libertad nacional”. Por otra parte, se consideraba como la única representación legítima del pueblo.

La actitud de los parlamentos, defendiendo los derechos del pueblo cuando aquellos no querían más que salvaguardar privilegios gracias a los cuales explotaban al pueblo, no fue uno de los fenómenos menos singulares de la historia del Antiguo Régimen.

V La revuelta de los privilegiados

La lucha entre los parlamentos, defensores de la nobleza burocrática, y la administración fuertemente centralizada del estado despótico, se ampliaba algunas veces desde un simple complot de la corte, del que el pueblo no sospechaba nada, a una lucha de todos los privilegiados, a un movimiento de revuelta que levantaba hasta a las masas populares.

El capítulo más importante de esos levantamientos fue La Fronde, del que ya hemos hablado en el capítulo precedente. Estalló en la primera mitad del siglo XVII, cuando la nobleza todavía tenía fuerza y orgullo. Un levantamiento análogo se produjo en el último cuarto del siglo XVIII; pero si en 1648 La Fronde tuvo como resultado un mayor afianzamiento del poder real, en 1787 la revuelta de los privilegiados llevó a la victoria del Tercer Estado y puso en marcha la gran revolución.

En el segundo capítulo ya hemos visto la actitud dubitativa de Luis XVI.

“La doble alma” de la monarquía absoluta en el siglo XVIII encontró en ese príncipe su más tópica encarnación, y sus dos ministros, Turgot y Calonne, tradujeron de la forma más notable la “duplicidad”. El primero, tan gran pensador como gran carácter, trató en su ministerio de poner el estado al servicio del progreso económico, apartando los obstáculos que le ponían trabas, y realizar aquello que los teóricos habían reconocido como absolutamente necesario para la conservación del estado y de la sociedad. Quiso que la administración dejase de ser, en manos de la nobleza de la corte, un instrumento de explotación de las finanzas públicas. Suprimió las corveas, las aduanas interiores, las corporaciones, y liberó a la industria de la opresión de los reglamentos. Quería hacer pagar impuestos a la nobleza y el clero como lo hacía el Tercer Estado, someter los gastos públicos al control de los Estados Generales. Se trataba de insoportables injerencias en los “derechos sagrados”. Conducido por la reina, el ejército de los privilegiados se levantó contra el ministro reformador, y Turgot sucumbió a la tempestad (1776).

Tras una serie de experiencias, de ensayos, el rey llamó a Calonne al ministerio (1783). Era un hombre a imagen de la reina; superficial pero charlatán retorcido y sin escrúpulos, tenía por regla sacrificar los ingresos actuales y también los futuros del estado en aras de la nobleza de la corte, de saquear no solamente las finanzas actuales sino, además, el crédito público. Un empréstito sucedía a otro; durante los tres años que fue ministro, tomó prestado del tesoro público 650 millones de libras (ver el informe de Louis Blanc, I, 233), suma enorme para aquellos tiempos. Y la corte, el rey, la reina y sus favoritos se tragaban casi todo. “Cuando vi que todo el mundo alargaba la mano, yo alargué mi sombrero”, dice un príncipe que narra la borrachera de entonces. La corte nadaba en medio de delicias y no se alzaba ninguna voz advirtiéndolo y mostrando a dónde debía llevar tal locura. El mismo Luis XVI rendía testimonio de toda la satisfacción que sentía por tener tal ministro de finanzas, que pagaba sus deudas, que se elevaban a 230.000 libras. Todo el mundo en la corte admiraba con qué facilidad y prontitud el “gran hombre” había logrado resolver la cuestión social.

La extravagante conducta de la corte precipitó naturalmente la caída de todo el régimen. Tras tres años de insensata gestión, Calonne había quemado ya todas sus soluciones; el déficit anual había ascendido a 140 millones de libras y el mismo Calonne se vio forzado a confesar que ningún empréstito podía ya conjurar la inminente

bancarrotas y que sólo había un medio para evitarlo: aumentar los ingresos y bajar los gastos. Pero ello sólo era posible tocando a los privilegiados: del pueblo ya no se podía sacar nada más.

Cuando Calonne comunicó esta noticia a los notables que había reunido (febrero de 1787), desde las filas de los privilegiados ascendió un rugido de furor: no para condenar la falta de escrúpulos con los que Calonne había gestionado hasta entonces las finanzas públicas, sino para protestar contra el final que quería ponerle a su administración escandalosa. Calonne cayó, pero sus sucesores debieron seguir la política de aumento de impuestos a los privilegiados: éstos acabaron teniendo la convicción de que la realeza ya no podía asegurarles como en otros tiempos la explotación de Francia, y se alzaron contra la misma realeza. La cosa es increíble, pero, sin embargo, cierta: nobleza, clero, parlamentos, todos los privilegiados, cuya situación era ya tan comprometida y que no tenían otro apoyo más que la realeza, se unieron para derrocarla. Tanto puede cegar la avaricia ante la inminencia de su caída a una clase que se sobrevive a sí misma: ¡ella misma es la primera en precipitar su caída!

Los privilegiados no tenían ni idea de los profundos cambios que se habían realizado en la sociedad, creían que no había cambiado nada desde los tiempos en que podían desafiar a los reyes y al Tercer Estado, y reclamaron virulentamente una nueva convocatoria de los Estados, siguiendo el modelo de las de 1614. Sin tener más sostén que el poder real, ahora querían defender sus privilegios con sus propias fuerzas. Y en el mismo momento en el que deberían unirse lo más estrechamente posible con la realeza, y en el que su posición estaba amenazada más seriamente, ¡desde su seno se alzó una rebelión por el reparto del botín!

Cegados por el furor, los privilegiados se colocaron en un terreno revolucionario. Los parlamentos de mayo de 1788 fueron a la huelga general, el clero rechazó cualquier contribución a las finanzas públicas hasta que los estados fueran convocados; la nobleza se levantó en armas en las provincias, y se produjeron graves disturbios en el Delfinado, Bretaña, Provenza, Flandes y el Languedoc.

El Tercer Estado participaba cada vez más en ese movimiento y también reclamaba la convocatoria de los Estados Generales. La realeza ya había demostrado que no podía seguir siendo un simple campo de explotación, devenía enemigo, y romper su poderío absoluto era el deber de los privilegiados. Despreciaban demasiado al Tercer Estado como para temerlo. ¿Se podía temer a los campesinos estúpidos, zapateros, sastres y a un puñado de abogados?

Ante el levantamiento unánime de todos los órdenes, la realeza cedió. Tuvo que consentir en convocar a los Estados Generales, que se abrieron el 5 de mayo de 1789, fecha en la que se ha convenido en que comenzó la revolución. Pero es notable que el levantamiento contra el absolutismo real ya había comenzado antes de esa fecha, y que fueron los privilegiados los que dieron la señal y provocaron así la revolución; fueron los primeros en reclamar la convocatoria de esa famosa Asamblea que tenía que consumir su ruina.

Los hermanos enemigos, nobleza y realeza, rehicieron pronto la concentración, los privilegiados cerraron filas alrededor del rey desde el momento en que vieron las disposiciones hostiles del pueblo y del Tercer Estado, pero era ya demasiado tarde.

VI La burguesía

El Tercer Estado estaba también tan dividido como los dos primeros órdenes. Hoy en día está de moda considerar a la clase capitalista como el Tercer Estado y oponerle al proletariado como Cuarto Estado⁵. Ahora bien, para empezar, el proletariado es una *clase* y no un *orden*; es un grupo social, separado de los otros grupos por una situación económica particular, y no por instituciones jurídicas especiales. Después, es inadmisibles hablar de un cuarto estado porque el proletariado ya existía en el seno del Tercer Estado, el cual incluía a todos aquellos que no entraban en los dos primeros órdenes, desde los capitalistas hasta los artesanos, campesinos y proletariado. Puede uno figurarse fácilmente qué masa heterogénea formaba el Tercer Estado; en su seno encontramos los antagonismo más agudos, se proponen los fines más diversos, se preconizan los medios de combate más diferentes. No era cuestión, entonces, de una lucha de clases única.

La misma clase de los capitalistas, que hoy en día se designa bajo el nombre de Tercer Estado, no constituía una clase homogénea.

A su cabeza estaba la alta finanza. Siendo como era el mayor acreedor del estado, tenía todos los motivos para empujar hacia las reformas, que habrían preservado al estado de una bancarrota, elevado sus ingresos y disminuido sus cargas. Pero esas reformas debían hacerse según el principio muy conocido de “lávame la cabeza pero sin mojarla”. De hecho, esos señores de las finanzas tenían muchos motivos para oponerse a las reformas financieras o sociales realmente profundas.

La mayor parte de ellos poseía grandes dominios feudales, títulos de nobleza, y no querían renunciar voluntariamente a los privilegios e ingresos que iban aparejados. Pero, además, en la conservación de los privilegios de la nobleza tenían ese interés benevolente del acreedor que no quiere ver quebrar a su deudor. No solamente eran los acreedores del rey sino, también, de la nobleza endeudada. Los economistas podían muy bien demostrar que los ingresos de la tierra tenían que aumentar si ésta era explotada según los principios capitalistas en lugar de serlo siguiendo los métodos semif feudales. Pero pasar al modo de explotación capitalista en la economía rural exigía cierto capital: había que cubrir los gastos de establecimiento, adquisición del ganado, de los útiles, etc. Ese capital lo poseían muy pocos nobles. La abolición de los derechos feudales amenazaba con arruinarlos. Sus acreedores no tenían ningún motivo para trabajar a favor de esa ruina.

⁵ La idea del Cuarto Estado ya vio la luz en tiempo de la revolución, pero raramente se incluye en este Cuarto Estado a la clase obrera. Un amigo me informa al respecto de las interesantes fechas que siguen, sacadas del libro ruso de Kareiev *Los campesinos y la cuestión campesina en Francia en el último cuarto del siglo XVIII*, (Moscú, 1879, página 327). A partir del 25 de abril de 1789 apareció, de Dufourny de Villiers, el *Cuadernos del 4º orden, el de los pobres jornaleros, lisiados, indigentes, etc., el orden de los desafortunados*. En general se incluye en el Cuarto Estado a los campesinos. Por ejemplo en Noilliac: *El panfleto más fuerte, el orden de los campesinos en los Estados Generales*, 26 de febrero de 1789, página 6, se lee: “Tomamos prestado de la constitución sueca los 4 órdenes”. De Vartout, *Carta de un campesino a su cura sobre una nueva forma de mantener los Estados Generales*, Cartrouville, 1789, página 7: “He oído decir que en un país del norte... se admite en los Estados Generales al orden de los campesinos.” Otras concepciones del 4º estado también veían la luz. Un folleto quiere incluir en el Cuarto Estado a los comerciantes, otro a los funcionarios, etc.

Además, socialmente, como ya hemos visto, nobleza y finanzas estaban cada vez más estrechamente unidas. Toda reforma financiera tenía que llevar a la sustitución de los recaudadores de impuestos por la administración del estado. Se habían arrendado todos los ingresos públicos más importantes, la gabela, las ayudas, las aduanas, el monopolio del tabaco. Los recaudadores le pagaban cada año al estado (en los últimos años anteriores a la revolución) 166 millones de libras, pero le sacaban al pueblo puede que el doble de esa suma. La administración de los impuestos era uno de los métodos más productivos de explotación pública: ¡cómo iban a renunciar de buen grado esos señores de las altas finanzas! Habrían sido los últimos en levantarse contra ella.

Por añadidura, no tenían ningún interés en acabar con el déficit y la deuda del estado. De las inscripciones de deuda pública se guardaban sólo una parte. Sabían cómo volver a pasar el mayor número de ellas, con un alto interés, al “público”, a los capitalistas pequeños y medianos, especialmente a los rentistas. Si se hacía un nuevo empréstito, la alta finanza sabía así hacer recaer en las espaldas de los otros el riesgo. Pero era enorme el beneficio que sacaba de la conclusión de un empréstito, ya directamente, ya indirectamente, mediante la explotación del estado o del público. Cada nuevo empréstito le reportaba grandes beneficios a la gente las finanzas. Nada le hubiera sido más desagradable que un presupuesto sin déficit que hubiese hecho inútil la conclusión de nuevos empréstitos.

Por consiguiente, ¡qué sorprendente que las simpatías de la alta finanza, como clase, estuviesen del lado del Antiguo Régimen, de los privilegiados! Reclamaba reformas, ¡pero quién no las reclamaba en vísperas de la revolución! La aristocracia más terca estaba convencida de que había reformas necesarias, que la situación era intolerable; el descontento era general; pero cada clase quería “reformas” que, lejos de exigirle sacrificios, le asegurase ventajas.

La alta finanza, aunque sin ser consciente de ello, no era el menor poderoso fermento político: fue ella la que transformó a los burgueses más apacibles en políticos, en soñadores de libertad. A través de ella, los acreedores de la deuda pública penetraban cada vez más en el pueblo; los empréstitos se sucedían rápidamente unos a otros, ella era el canal por el que los pequeños y medianos capitales se concentraban y acumulaban en la corte, para desaparecer en los amplios bolsillos de los cortesanos, sin acabar de llenarlos, sin embargo, pues estaban rotos. Así, los pequeños y medianos capitalistas devenían cada vez más los acreedores del estado. Esta suerte de burguesía por lo general es muy inofensiva para un gobierno. El filisteo considera a la política un arte poco lucrativo, que no reporta nada y cuesta caro en tiempo y dinero. Rinde homenaje al principio según el cual cada uno debe ocuparse de sus asuntos y dejarle al rey el cuidado de los asuntos públicos. En un estado absoluto, con un espionaje político perfeccionado como en la antigua Francia, en la que la participación de los burgueses en la política estaba considerada, por añadidura, como una especie de crimen, la aversión del filisteo a todo aquello que sobrepase el horizonte de sus cuatro muros era incluso más grande.

Pero las cosas cambian de aspecto cuando él deviene acreedor del estado y comienza a entrever la posibilidad de una bancarrota. La política deja de ser un arte ingrato, deviene un asunto importante. El pequeño y el mediano burgués concibió, de golpe, un sorprendente interés hacia todas las cuestiones de la administración pública, y como no era difícil de ver que los privilegios de los dos primeros órdenes constituían la principal carga de las finanzas del estado, puesto que, por una parte, los privilegiados se llevaban la parte del león en los ingresos públicos sin, por otra parte, contribuir a ellos en gran cosa, se convirtió de golpe en un enérgico opositor que ya no quería saber nada con los privilegios y suspiraba por la libertad y la igualdad.

Pero no solamente como acreedor del estado, sino también como comerciante o industrial, tuvo que enfrentarse a los privilegiados.

Las plazas más elevadas del ejército y la flota estaban reservadas a la nobleza, y como ésta degeneraba claramente, moral y físicamente, los ejércitos franceses eran cada vez más impotentes. En todo el curso del siglo XVIII no hubo ninguna guerra que no terminase para Francia con las condiciones comerciales más desfavorables y la pérdida de colonias preciosas. Así, la Paz de Utrecht (1715), el Tratado de Aix la-Chapelle (1748), el de París (1763), el de Versalles (1783). Ahora bien, una política exterior afortunada era una de las condiciones más importantes para el éxito en un comercio exterior.

En el interior, las viejas barreras feudales obstaculizaban el comercio. Las provincias formaban estados independientes que, a menudo, tenían un derecho particular, una administración especial y adunas que las separaban a unas de otras. Añádase a eso los derechos señoriales, derechos de límites municipales, de peaje, de bebidas, derechos que hacían difíciles los intercambios en el interior del reino. Los productos provenientes de Japón o China llegaban con sus precios de origen aumentados en nada más que tres o cuatro veces a causa del transporte por vastos y tormentosos mares en los que pululaban los piratas. El vino que se transportaba del Orleanesado a Normandía llegaba con su precio aumentado al menos en veinte veces a causa de los numerosos derechos que la mercancía debía soportar por el camino. El comercio del vino, una de las ramas más importantes del comercio francés, estaba particularmente cargado y gravado de derechos. Así, por ejemplo, los propietarios de viñedos del distrito de Burdeos tenían el derecho, en el mercado de esa ciudad, para prohibir la venta del vino que no hubiese sido recolectado en sus viñedos. Así, a los propietarios de los ricos viñedos del Languedoc, del Perigord, del Agenois y del Quercy, país cuyos ríos, sin embargo, iban a discurrir bajo los muros de Burdeos, les estaba prohibida la venta de sus productos.

Junto a todo esto, las comunicaciones eran miserables. No había dinero para mantener las rutas y no se acometían los trabajos para los que no bastaban las corveas de los campesinos.

Si el comercio quería coger un pujante impulso era preciso, pues, suprimir los privilegios de la nobleza, reformar el ejército y la flota, romper el particularismo de las provincias, abolir las aduanas, los derechos de la corona y de los señores en el interior del reino, en una palabra: los intereses del comercio reclamaban la “libertad y la igualdad”.

Sin embargo, los comerciantes no estaban en absoluto a favor de las reformas.

Uno de los métodos favoritos de la realeza antes de la revolución para generar ingresos consistía en monopolizar una rama de la industria o del comercio y venderle el monopolio a un pequeño número de privilegiados o compartir con ellos el producto de la explotación monopolizada del público.

Entre los más lucrativos se encontraban los monopolios de las grandes compañías para el comercio de ultramar. Pero, junto a éstos, habían además otros monopolios de comercio más seguros, sociedades organizadas, en parte cooperativamente, en determinadas ciudades. Así, por ejemplo, en París la corporación de los comerciantes de vino formaba una sociedad cerrada, que sobrevivió, incluso, a las reformas de Turgot.

Nadie se sorprenderá si esos privilegiados, aunque pertenecientes al Tercer Estado, se mantuviesen firmemente unidos al régimen de los privilegios.

El mismo particularismo de las provincias no molestaba a todos los capitalistas. Los obstáculos puestos al comercio del trigo entre las diferentes provincias, en

particular la prohibición de exportar trigo de una provincia a otra sin un permiso especial (que no era fácil de obtener), impedían los intercambios entre las regiones en las que la cosecha había sido buena y aquellas en las que el trigo había crecido mal, y favorecían potentemente la especulación con los granos, que a menudo adquirió proporciones colosales y fue uno de los más eficaces medios para explotar el pueblo. Igual que hoy en día los derechos protectores favorecen la formación de cárteles, igualmente entonces las barreras que el comercio del trigo encontraba en el interior del país facilitaban la formación de sociedades de acaparamiento, de “pactos de hambre”. A la cabeza de esos pactos estaba algunas veces el rey, que especulaba con los granos, una de sus mejores fuentes de ingresos⁶. Bajo estas condiciones, está claro que su muy cristiana Majestad, menos aún que sus compañeros, judíos circuncisos o sin circuncidar, no quería oír hablar de la libertad del comercio de grano.

También la industria, como el comercio, estaba obstaculizada por el Antiguo Régimen. No es que el Antiguo Régimen la hubiese querido oprimir: le rendía testimonio de la mayor atención. Una industria capitalista floreciente era considerada como una de las fuentes de riqueza más grande del estado y que se debía, como tal, animar por todos los medios. Y como las corporaciones planteaban a la industria capitalista, cuya competencia les molestaba, mil y un pleitos y obstáculos, los reyes la acogieron bajo su alta protección particular. A decir verdad, suprimir las corporaciones y descartar radicalmente este impedimento, ni se les venía a la cabeza: con ello hubiesen perdido una importante fuente de ingresos, como tendremos ocasión de ver. Pero concedían a las manufacturas franquicias que las liberaban de barreras corporativas y derechos feudales. Una manufactura que hubiese obtenido tal privilegio se llamaba “manufactura real”. La realeza fue más lejos aún. Para darle el máximo de perfección a la producción manufacturera, se puso al corriente a los emprendedores de los mejores métodos de trabajo y se sometió su introducción a reglamentos particulares.

Para la manufactura todavía en pañales, esos reglamentos podían ser una ventaja; pero fue muy distinto cuando la industria capitalista, en la segunda mitad del siglo XVIII, comenzó a desarrollarse rápidamente. Si bien el privilegio real protegía contra los pleitos y procesos de las corporaciones, constituía, por el contrario, una cadena muy pesada que impedía muchas veces un nuevo establecimiento. Los reglamentos se convirtieron en absolutamente intolerables. De medio para generalizar las mejoras en los métodos de trabajo se habían transformado en medios para mantener artificialmente los más malos. A partir de 1760 comenzó revolución técnica que sustituiría a la manufactura por la fábrica y crearía la gran industria moderna. En la manufactura, los métodos de trabajo y la técnica ya se habían transformado lentamente. Ahora una invención se adelantaba a otra y se vulgarizaba deprisa en Inglaterra. Si Francia quería luchar contra el comercio inglés tenía que ponerse al paso, lo más rápidamente posible, del progreso económico. Apartar las barreras corporativas y los reglamentos burocráticos no fue muy pronto solamente una cuestión de beneficio, sino una cuestión de vida o muerte para la industria capitalista. Pero, en 1776, Turgot intentó en vano una y otra reforma. Los privilegiados sabían que la reforma no se detendría ahí. Echaron abajo a Turgot y destruyeron su obra. La revolución era necesaria para abatir las barreras que encontraba la gran industria.

Sin embargo, una parte bastante importante de los industriales capitalistas tenía interés en la conservación del régimen de los privilegios. La industria capitalista, igual que el comercio en sus inicios, se limitaba sobre todo a las necesidades del lujo: en parte porque el mercado interno no existía entonces y el campesino se fabricaba todavía él

⁶ Luis XV era el principal accionista de la Sociedad de Acaparamiento Malisset. En los registros de esa empresa se encuentra una cuenta particular para “las especulaciones con grano de Su Majestad”.

mismo los productos industriales que necesitaba y, en parte también, porque era una industria de la corte, objeto de la atención real. Las manufacturas más importantes de Francia servían para la fabricación de telas de seda, terciopelo, encajes, tapices, porcelana, pólvora, papel (hace cien años todavía era un artículo de lujo) y otras cosas análogas. Esas empresas tenían su mejor clientela en la nobleza de la corte, entre los privilegiados. Podar en los privilegios era sacudir la existencia de un buen número de capitalistas industriales. Así, la revolución no encontró en absoluto en ellos una acogida universalmente simpática.

Es significativo que cuando la contrarrevolución de 1793 tomó las armas al lado de la Vendée, la provincia más atrasado de Francia en la que la economía feudal todavía florecía, se encontrase también Lyon, la ciudad más industrial del reino, tan renombrada por su industria de seda y sus bordados en oro. En 1790 los curas y nobles de Lyon hicieron un intento de levantamiento, Lyon fue durante mucho tiempo hogar del legitimismo y del catolicismo. Y en 1795, cuando se quebró la dictadura de los jacobinos, la burguesía de París no ocultó sus simpatías realistas, antirrepublicanas. Si hubiese dependido sólo de ella, la restauración de la monarquía legítima y el retorno de los aristócratas emigrados ya hubiese sido un hecho.

VII Las clases liberales

Nos falta por examinar una categoría importante de la clase burguesa, la de las clases liberales. La producción capitalista ha separado las funciones, que estaban reunidas en la pequeña producción artesanal, y dividido a los trabajadores en dos categorías, los manuales y los intelectuales; además ha extendido hasta el infinito la división del trabajo social y creado una serie de carreras que solo requieren el trabajo intelectual.

El técnico, formado en la cultura científica, no encontraba todavía en el último siglo demasiado empleo en la industria: la aplicación industrial de la ciencia mecánica y de la química no estaba todavía, a fines del siglo, más que en sus inicios. Pero el desarrollo de los medios de comunicación suministraba ya la ocasión para grandes trabajos: los ingenieros tenían que construir barcos, puentes, caminos, canales, y la guerra favoreció mucho el progreso de la técnica.

La creciente concentración de la población en las ciudades y la creciente proletarización de grupos sociales considerables tenía como consecuencia la debilitación física de la raza y las epidemias: la demanda de médicos iba en aumento. La ascensión de la burguesía, el abandono del campo en beneficio de la capital por la nobleza, aumentaba, por otra parte, el número de gente que podía pagarse un médico.

Ya hemos visto en el capítulo cuarto cómo había crecido la necesidad de juristas.

El estado moderno, centralizado, que había reemplazado la anarquía de las comunas feudales, no era compatible con la administración señorial y eclesiástica, en la que encontraba incesantemente obstáculos. Los sustituyó por una burocracia centralizada, una categoría de gente que hacía de la administración su carrera en exclusiva.

Para formar a todos estos elementos había numerosas escuelas, numerosos profesores.

Así ascendió una clase bastante numerosa que se reclutaba sobre todo entre la burguesía, que encontraba en ella su campo de acción y que vivía de la aplicación de su inteligencia: también se la puede llamar la clase de los “intelectuales”, lo que, naturalmente, no quiere decir que todos sus miembros fuesen inteligentes, ni que no se pudiese encontrar inteligencia más que en su seno. En sus filas se educaban pensadores que no se marcaban como tarea poner el saber directamente al servicio de la práctica, sino buscar el encadenamiento de los fenómenos naturales y sociales y exponer sus leyes, sin ninguna segunda intención de utilitarismo burgués, siendo para ellos la investigación un fin y no un medio. Por abstractas que fuesen o pudiesen ser, por otra parte, las teorías de esos filósofos, sus necesidades personales eran de naturaleza muy concreta: querían vivir, y muchos de ellos incluso vivir bien.

En la ciudad antigua, en particular en el caso de los atenienses, la búsqueda de la verdad, la filosofía, había sido la ocupación más elevada, y privilegio de los hombres libres: el ocio, que descansaba en la esclavitud y otros modos de explotación, servía a la ciencia y el arte.

Igualmente en el caso de los romanos: sin embargo, éstos fueron de un material más grosero. Campesinos incultos devenidos muy pronto los dueños del mundo, el gusto por las conquistas y la afición a las orgías y las habladurías grotescas continuó

enseñoreándose de la mayor parte de ellos frente al amor por la ciencia y los goces estéticos.

Pero, a fines de la Edad Media, durante el Renacimiento ¿cuál era la situación de la ciencia y el arte? Por una parte (sin hablar de la nobleza de la corte a la que volveremos), señores y curas del campo, incultos, a los que solo agradaban las distracciones de la especie más grosera; por otra parte, comerciantes a los que tanto los negocios como la competencia cada vez más aguda absorbían, salvo raras excepciones, hasta el punto de volverlos incapaces para cualquier especulación abstracta; y naturalmente no se podía esperar de las clases inferiores, sujetas a un trabajo acaparador, preocupaciones intelectuales: cultura preparatoria, ocasión para el ocio, todo ello les faltaba.

Ninguna de las clases dominantes, poseedoras, tenía madera para desarrollar en su seno el arte y la ciencia; el pensamiento y la poesía estaba abandonados a los “intelectuales”, clase de gente obligada a llevar al mercado su fuerza intelectual, igual que el trabajador manual lleva a él la fuerza de sus brazos. Pero el único público con el que los filósofos y artistas podían contar era con la corte. La nobleza de la corte se había refinado, había perdido la rudeza de la nobleza rural, se volcaba en placeres más delicados. También tenía más tiempo libre y libertad de espíritu que la clase de los comerciantes. Pero una corte no es una academia, una escuela de filosofía: los cortesanos no se convirtieron en pensadores sino, simplemente, en protectores de los artistas y filósofos: eso era lo más fácil, y si el cortesano había perdido la grosería del hidalgo, también había perdido la energía. Un trabajo de cierta duración, con vistas a un fin determinado, fuese de la suerte que fuese, era para él un espantajo; quería divertirse, y el arte y la ciencia solo debían servir para ese objetivo. Las cortes mantenían, junto a los bufones y enanos, a los artistas y filósofos. Se quería mucho dedicarse a la filosofía, pero sin que ello exigiese mucho esfuerzo: la filosofía debía ser puesta en escena bajo una forma cómoda, placentera, espiritual, divertida.

Una teoría social que no cumpliera con esta condición, o que fuese hostil a la corte, no tenía en Francia, incluso en la primera mitad del siglo XVIII, ninguna posibilidad de éxito. Las ideas podrían ser lo sublimes que se quiera: mientras las circunstancias sociales no las favorecieron tuvieron tan poco éxito como el mejor grano de trigo lo tiene si cae encima de la piedra.

Difícilmente podían encontrar su expresión teórica las tendencias revolucionarias del Tercer Estado bajo estas condiciones. Como mucho se podía todavía atacar a la religión. La nobleza de la corte era tan hostil como la burguesía frente a una Iglesia dependiente de Roma. Es notable que los ataques más violentos de los filósofos “amigos de las luces” no estuvieran dirigidos, en la primera mitad del siglo XVIII, contra las formas más desfasadas e irremediablemente feudales de la Iglesia sino contra el orden que se había adaptado mejor a la civilización moderna. Y ello se explica no por la pujanza de las ideas abstractas sino por la de los intereses de clase. La vieja organización feudal de la Iglesia, que descansaba sobre la propiedad terrateniente, había devenido en Francia, desde hacía mucho tiempo, “nacional”. No era el papa sino el rey quien nombraba a las dignidades, confería los beneficios, y ya hemos visto que solo la nobleza accedía a ellos. Por consiguiente, se podía atacar a la religión: la nobleza era la primera que se burlaba de ella, pero no soportaba que se pusiese en peligro los intereses de la Iglesia.

Pero existía un orden que no se encontraba bajo dependencia del rey sino que caía bajo la jurisdicción del papa. Éste, un extranjero, se apoyaba en las riquezas e ingresos de esa orden, y como era internacional no eran solamente los franceses, sino los italianos, españoles, alemanes, etc., los que participaban de las riquezas de esa

orden. Además, sus ingresos no proveían a los privilegiados: la orden no conocían en su seno ninguna diferencia de rangos y sus miembros ascendían los grados de la jerarquía de acuerdo con sus capacidades.

La burguesía no temía menos a esta orden que a la nobleza: era para ella el más temible competidor. Era ella lo que ponía al servicio de la Iglesia todos los medios modernos de enriquecimiento y la que podía desafiar fácilmente a cualquier competido y amasar colosales fortunas, con sus misioneros, sus agentes y sus espías, repartidos por todos los rincones del mundo, desde China y Japón hasta México y Perú, en todas partes en las que no encontraba la competencia de los protestantes. Y no solamente se dedicaba a hacer negocios en Europa sino que, también, explotaba las colonias: fue la primera potencia europea que supo sacar partido de las colonias, y que, lejos de limitarse al pillaje, al comercio, a las plantaciones, desarrolló entre los indígenas la industria, fábricas de azúcar, etc. Esa gente, que prestaban atención tan bien a los negocios, que, flexibles y sin escrúpulos, estaban tan estrechamente unidos, esos “sin patria”, frente a los que la burguesía católica encontraba en todas partes como competencia, o que podía encontrárselos como tal allí donde había una empresa que explotar, y que le inspiraba tanto odio como terror supersticioso, no eran los judíos, como uno de nuestros “nacionalistas” o de nuestros “cristianos” podría imaginar tras estas pinceladas, sino los jesuitas. Y contra ellos, contra esos enemigos comunes de la burguesía y la nobleza, estaban dirigidos los ataques más vivos de filosofía, de las mismas cortes y de su policía.

Sin embargo, este odio a los jesuitas no era un remedio para los males de entonces igual que tampoco lo es el odio a los judíos para los del presente. La miseria del pueblo crecía día a día y era más evidente que la corte era el apoyo de todos los abusos, el obstáculo de todas las reformas sociales, y que ella misma era la gran “explotadora”.

Se desataban los lazos que habían establecido la dependencia de la corte de la mayoría de los pensadores. Las clases liberales aumentaban, la burguesía se despertaba a la vida política. Un libro de economía política y social devenía una mercancía que se vendía, y se desarrollaba el periodismo. El escritor y el filósofo plebeyo ya no se veían reducidos a esperar las pensiones y regalos de los grandes, encontraban los medios de subsistencia en la defensa de los intereses de la burguesía. Así, en la segunda mitad del siglo XVIII pudieron desarrollarse y ponerse de relieve teorías que no solamente es que ya no dependían de los puntos de vista de la corte sino que le eran completamente hostiles.

Incluso hubo esbozos de teorías anticapitalistas. Muchos de los capitalistas se aprovechaban de las prodigalidades de la corte, participaban en la explotación del estado y no veían, en consecuencia, con buenos ojos los esfuerzos tendentes a la supresión de los abusos. Cada vez más se veía que únicamente los campesinos y la “pequeña gente” de las ciudades, el “pueblo”, podía ser la palanca con la que poner fin a la dominación de la corte y los privilegiados pues eran aquellos los que más la sufrían.

Los pensadores burgueses (economistas, políticos, y no ya solamente los filósofos) se mostraban cada vez más “amigos del pueblo”, y más hostiles no solo a los curas y nobles sino también a los “ricos” en general. Sin embargo, las propuestas de crítica socialista que aquí y allí aparecían en la segunda mitad del siglo XVIII no tuvieron más que un poco de eco y no fueron comprendidas. Las teorías a favor, en particular las de J.-J. Rousseau, no eran en absoluto comunistas por más que a un crítico superficial pudiesen parecérselo. La reforma que entonces era necesaria era la supresión de las barreras feudales, que se oponían al desarrollo de la producción mercantil, y los pensadores burgueses tenía una visión muy clara de las relaciones sociales reales como

para desconocerlas y ofrecer un socialismo entonces sin alcance. Por otra parte, por más piadosos que se mostrasen con los sufrimientos de las clases explotadas, no podían elevarse por encima del horizonte intelectual de la burguesía a la que pertenecían tanto por sus relaciones familiares, por su posición social como por sus condiciones de vida. Tampoco se dejaban engeguercer por los intereses particulares efímeros de determinadas categorías de capitalistas, hasta el punto de desconocer los intereses permanentes y superiores de la clase burguesa entera, y las exigencias del desarrollo capitalista: no, elevándose por encima de esos intereses particulares, que hacían a tantos capitalistas partidarios del régimen feudal y casi a todos ellos desafiantes a las innovaciones, no se detenían ante la limitada estrechez de los burgueses interesados en los negocios; amantes por profesión de la generalización, de extraer conclusiones lógicas, de abrazar en su conocimiento de las relaciones sociales, tanto el pasado como el presente, los intelectuales fueron la fuerza que supo discernir los grandes intereses de clase de la burguesía que en aquella época coincidían con el interés social general. Fueron la fuerza que los defendió no solamente contra las cortes, los aristócratas y curas, a veces también contra los campesinos, los pequeños burgueses y los proletarios, sino también contra muchas camarillas de capitalistas, cuyos intereses momentáneos las hacían hostiles a los intereses permanentes de toda la clase entera. No afectados por los intereses personales y momentáneos, apoyándose en un conocimiento profundo de las relaciones sociales, adquirido gracias a un largo trabajo de pensamiento, los intelectuales no aparecían como los defensores de intereses materiales sino como los defensores de simples principios, de puras ideas, como “doctrinarios”, en oposición a los “hombres de negocios”, a los capitalistas que, orgullosos de su ignorancia, querían simplemente poner el estado al servicio de sus intereses particulares.

Los pensadores reclamaban entonces la sumisión del hombre de estado a la teoría: todavía no adaptaban la teoría a los deseos y humor cambiante de los “hombres de estado prácticos”, y la revolución les suministró la ocasión para aplicar sus teorías. Tras la caída de la nobleza de la corte y de la alta finanza, que estaba ligada a aquella, sólo había en Francia una clase capaz de gobernar, era la clase de los intelectuales. Hoy en día todavía, cuando en la mayoría de los países parlamentarios amplias capas populares, sobre todo entre los trabajadores de las ciudades, se han familiarizado gracias a su actividad política con las necesidades y deberes de la legislación y administración de un gran estado moderno, son aún los “intelectuales” quienes dominan en los parlamentos. Y si se tiene en cuenta que hacía siglos que en Francia se había extinguido toda actividad política, nadie se sorprenderá del papel ejercido por los intelectuales hace ahora cien años.

Los mismos pequeños burgueses de París escogieron para defenderse a abogados, periodistas, etc., y no a gente de su clase.

Así fue como los “intelectuales” llegaron al poder político y lo pusieron al servicio de sus teorías, es decir de los intereses de clase de la burguesía. Esas teorías expresaban de la forma más exacta el interés social general: coincidieron con las tendencias profundas de la revolución. Asimismo, los intelectuales casi siempre fueron escuchados, me atrevo a decir, por la revolución: lo que uno encuentra en los discursos, libros y diarios, son sus puntos de vista. No hay que sorprenderse de que los ideólogos superficiales hayan estimado que la revolución fue hecha y dirigida por los pensadores y sus ideas.

Cierto que no es dudoso que los intelectuales hayan marcado con su impronta, y en una gran medida, a la revolución: en tanto que legislación y administración, ella es su obra. Pero no hay que creer que la revolución se hizo a golpes, simplemente, de decretos ministeriales y de votos parlamentarios. En los momentos más críticos fue el pueblo,

sobre todo en París y en el campo, quien tomó la iniciativa, y los decretos más importantes salidos de la Constituyente, de la Legislativa y de la Convención, no hicieron más que consagrar la obra popular; esas asambleas, en las luchas revolucionarias, se mostraron inertes: no eran ellas las que impulsaban al pueblo sino las que recibían su ímpetu.

La importancia y actividad de los intelectuales no se manifestó en los acontecimientos mismos de la revolución sino en los trabajos que la siguieron. No fueron ellos los que derribaron la Bastilla, abatieron las barreras feudales y salvaron a la nueva Francia del asalto de los enemigos externos e internos. Pero fueron los que le dieron a Francia las bases sobre las que su organización política ha descansado hasta nuestros días y creado ese derecho burgués que todavía es el mejor y el que está más en armonía con las relaciones sociales modernas. Un general hidalgo pudo muy bien apropiárselo, como otras muchas cosas; el código civil pudo convertirse en el Código Napoleón, pero se mantiene como una creación de los intelectuales en la Convención.

VIII Los sans-culottes

Los artesanos también formaban parte del Tercer Estado. La organización corporativa hacía mucho tiempo que se había “encontrado”: gracias a ella, la producción artesanal estaba monopolizada por algunos y la maestría se había convertido en un privilegio que favorecía la explotación de los compañeros y consumidores, máxime teniendo en cuenta que el círculo de los privilegiados era más pequeño. El ascenso de un compañero a la maestría era casi imposible, a menos que fuese hijo o yerno del maestro, o que se casase con su viuda. Para el resto, el acceso a la maestría no solamente se había hecho muy difícil para toda suerte de condiciones sino que en general era imposible *a priori*. A menudo se declaraba la corporación cerrada y el número de maestros que podía contener quedaba determinado de una vez por todas.

Por otra parte, estos señores, los maestros de corporación, se equivocaban si creían poder establecer y concentrar su monopolio por sus propias fuerzas bajo la monarquía del siglo XVIII. La antigua monarquía consideraba muy inmoral la explotación del pueblo por un clan si ella no quería compartir el botín con éste. El derecho a acordar cartas de maestría (cartas que la monarquía vendía caras, cosa esencial) se declaró privilegio de la corona. Igual que el derecho a la designación para las diversas funciones de la corporación. Las corporaciones que querían retener ellas esos privilegios debían comprárselos a la corona, y ese rescate no se producía de una vez por todas sino que tenía que renovarse a menudo: la corona se acordaba gustosamente de su derecho de soberanía frente a las corporaciones y lo hacía valer cada vez que necesitaba dinero (lo que ocurría a menudo).

Los maestros de corporación tenían, naturalmente, un gran interés en la conservación del régimen de los privilegios. Siendo como eran los más débiles, hubiesen sido las primeras víctimas de una reforma política. Y de hecho el reformador Turgot la tomó con ellos en primer lugar.

El antagonismo más agudo alzaba contra ellos a sus compañeros. El gremio ya no formaba un simple estadio hacia la maestría, los agremiados se habían convertido en una clase con intereses particulares. Sin embargo, no tenían esa conciencia de clase con la que están motivados los proletarios modernos. Sus intereses estaban muy en oposición claramente contrastada con los de los maestros corporativos, pero no aspiraban a nada más que a convertirse, también ellos, en maestros. Hacían causa común con los maestros no corporativos, clase cuyo número e importancia crecía rápidamente.

En muchas ciudades había barrios que se libraban, por privilegio, del régimen corporativo. Ese régimen, en general, sólo se aplicaba en las ciudades y no en las aldeas. Ahora bien, muchas aldeas que se encontraban próximas a una gran ciudad, que se desarrollaba todavía, habían acabado por no ser más que los suburbios, siguiendo estando libres al mismo tiempo del yugo corporativo. Bajo Luis XVI, la miseria de los artesanos que no estaban sometidos al régimen de las corporaciones se había acrecentado y la oposición contra dicho régimen se acentuó: el gobierno apaciguó a los descontentos extendiendo los privilegios a los suburbios, concediéndoselos a nuevos barrios. En París el suburbio de Saint-Antoine y del Temple resultaron particularmente favorecidos de este modo. Todos los agremiados que querían convertirse en independientes y no tenían ninguna esperanza de llegar a la maestría en una

corporación, afluyeron a esos suburbios. Una masa innumerable de pequeños maestros vegetaba lamentablemente en esos barrios angostos, fuera de los cuales no tenían derecho a vender sus productos. Y a medida que su número crecía y que se avivaba la competencia que se hacían entre ellos, su impaciencia aumentaba ante las barreras que el régimen de los privilegios les imponía, y comparaban con amargura y cada día más exasperados su miseria con la vanidosa holgura que los maestros de corporación desplegaban en la ciudad.

En esos barrios liberados del yugo de las corporaciones era también donde los capitalistas habían instalado sus manufacturas. Allí encontraban en abundancia aquello que necesitaban, una gran oferta de obreros hábiles a los que explotaban a placer. Al lado de los innumerales pequeños artesanos y agremiados, también había en los suburbios en cuestión numerosos asalariados, que se reclutaban parte entre los artesanos y parte en el campo. Y la industria capitalista ya empleaba también, junto a los trabajadores cualificados, a obreros y jornaleros.

Los pequeños comerciantes, posaderos, etc., que se reclutaban entre esos artesanos y esos proletarios, y que tenían en ellos a su clientela, hacían causa común con ellos.

Por fin, junto a esta masa de trabajadores y pequeños burgueses vivía una masa de mendigos cuyo número aumentaba día a día y que afluía a las ciudades, sobre todo a París, para buscar en ellas la ocasión de ganancias lícitas o ilícitas. El número de mendigos alcanzaba la veintea parte de la nación; en 1777 habían 1.200.000. En París suponían un sexto de la población, 120.000.

Y gran parte de esos sin trabajo todavía no estaba plenamente corrompida y se mostraba aún capaz de una recuperación moral nada más que percibía un destello de esperanza. Se lanzaron con entusiasmo al movimiento revolucionario que les prometía el fin de sus sufrimientos. Sin duda alguna, en la revolución se mezclaron elementos dudosos, que simplemente querían pescar en río revuelto, prestos a vender y traicionar su causa a la primera ocasión. Pero es ridículo presentar a esas turbias existencias como el tipo de todo el pueblo.

Por más variopinta que fuese esa congregación, había cierta unidad, era realmente una masa revolucionaria. La ligazón la establecía un intenso odio, no solamente el odio contra los privilegios, los maestros de las corporaciones, curas, aristócratas, sino también contra los burgueses, que los explotaban en parte como recaudadores generales, en parte como especuladores con el trigo, como usureros, empresarios, etc., en parte como competidores que todos, pequeños burgueses o proletarios, debían sufrir bajo mil y una formas. Pero a pesar de este odio, y fuese la que fuese la elocuencia con la que lo expresaban a veces, esos revolucionarios no deben ser considerados como socialistas. El proletariado como clase que tiene conciencia de sí misma no existía todavía antes de la revolución. Vivía aún enteramente dentro del círculo de ideas de la pequeña burguesía cuyo ideal y reivindicaciones no superaban el horizonte de la producción mercantil.

Asimilar esos elementos revolucionarios a los proletarios modernos de la gran industria, y suponerles las mismas tendencias, es hacerse una idea enteramente falsa de los "sans-culottes", como se les llama, y de la revolución sobre la que tuvieron tan gran influencia.

Como hemos visto, la burguesía no formaba de ninguna forma una masa revolucionaria homogénea. Diversas de sus fracciones estaban interesadas, por ventajas momentáneas, en el mantenimiento del antiguo régimen; otras sólo miraban a la revolución con desconfianza y frialdad; y si bien había otras que, por el contrario, simpatizaban con ella, les faltaba la energía y la fuerza. Y la parte revolucionaria de la

burguesía no hubiese podido, por sí sola, salvar a la revolución de los golpes de sus adversarios, de la corte sobre todo, que podía contar con una parte del ejército, con esos regimientos franceses que se reclutaban en las provincias reaccionarias, y con los regimientos de suizos y alemanes mercenarios, sin contar con el extranjero con el que estaba aliado. Para resistir a la contrarrevolución se necesitaba a gente diferente de la burguesía, gente que no tuviese nada que perder en una tormenta social, nada de alta clientela, y que aportase a la lucha la fuerza de sus brazos; sobre todo se necesitaba grandes masas. La fracción revolucionaria de la burguesía halló el apoyo en los campesinos, en los pequeñoburgueses y proletarios, sin los cuales hubiese sido vencida. Pero los campesinos, como también los pequeñoburgueses y proletarios de las ciudades de provincias, estaban demasiado diseminados, demasiado poco organizados, demasiado lejos de París, donde se concentraban los movimientos políticos, como para poder participar en las crisis políticas repentinas.

El corazón de la revolución fueron los suburbios de París: en los alrededores de la sede del gobierno, reunidos por la misma política del régimen de los privilegios, se encontraban los elementos más activos y resueltos, gente que no tenía nada que perder y todo que ganar.

Fue esa gente quien protegió a la Asamblea Nacional de los ataques de la corte, quien, con el levantamiento del 14 de julio, no solamente tomó la Bastilla, cuyos cañones amenazaban al suburbio revolucionario de Saint-Antoine, sino quien ahogó en germen una tentativa contrarrevolucionaria de Versalles y dio la señal para la revuelta general de los campesinos. Fue esa gente la que destruyó una segunda tentativa de la corte, que, con ayuda de una parte del ejército que se mantuvo fiel, quería abatir a la revolución: esa gente hizo prisionero al rey y lo llevó a París bajo su vigilancia (5/6 de octubre de 1789).

Pero muy pronto los sans-culotte, tras haber sido aliados de la burguesía, se convirtieron en sus dueños. Su autoridad, su poder, su madurez y fiereza, se acrecieron con cada batalla donde su intervención oportuna y todopoderosa salvaba a la revolución. Cuanto más peligrosa devino la situación para la revolución, más necesaria se hizo la acción de los suburbios revolucionarios, más exclusiva su dominación. Alcanzó su apogeo en el momento en que las monarquías coaligadas de Europa se lanzaron sobre Francia, mientras que la contrarrevolución estallaba en diversas provincias y el rey y los jefes del ejército conspiraban con el enemigo. No fue la Legislativa, no fue la Convención, las que salvaron entonces a la revolución, sino los sans-culottes. Ellos se apoderaron del club de los jacobinos, y con él de una organización cuyo centro estaba en París y que se ramificaba por toda Francia; se apoderaron de la comuna de París y dispusieron con ello de enormes medios de poder; y gracias al club de los jacobinos y gracias a la comuna (y allí donde esto no bastó, con la insurrección), dominaron a la Convención, dominaron al gobierno, dominaron a Francia: en plena guerra, en la situación más crítica, rodeados de peligros por todas partes, amenazados con la ruina completa, ejercieron el más implacable derecho de guerra, y ahogaron no solamente toda resistencia, toda traición, sino incluso toda posibilidad de resistencia y traición, con la sangre de los sospechosos.

Pero el terrorismo no solo era un arma de guerra destinada a abatir al enemigo del interior y a inspirar a los defensores de la revolución una absoluta confianza en la lucha contra los enemigos externos.

La guerra había ayudado a los sans-culotte a apoderarse del poder. Pero ellos querían la guerra para un estado, para una sociedad conforme con sus deseos. Se había derrocado la feudalidad pero no al capitalismo que ya, bajo el régimen de los privilegios, había levantado cabeza. Y precisamente la caída de la feudalidad le había

permitido al capitalismo, a la explotación capitalista, tomar un rápido impulso. Suprimir, o al menos limitar las diferentes suertes de explotación capitalista, en particular el comercio, la especulación, el acaparamiento, les pareció muy pronto a los sans-culottes tan necesario como combatir a la contrarrevolución. Pero derrocar al capitalismo por la base era entonces una cosa imposible: las condiciones para el paso a una forma de producción nueva, superior, no estaban dadas todavía.

Asimismo, los sans-culottes se encontraron en un callejón sin salida. Las circunstancias les habían puesto el poder en las manos, pero no les permitían crear instituciones que pudiesen servir a sus intereses de una forma duradera. Ellos que gobernaban toda Francia, ni pudieron ni quisieron vencer a la miseria que el ascenso rápido del capitalismo llevaba aparejada y que la guerra aumentaba más; se vieron obligados a intervenir en la vida económica con medidas violentas, requisas, fijación de un máximo, guillotinar a los explotadores, a los especuladores y jugadores de bolsa, a los usureros y comerciantes estafadores: pero todo fue en vano. La explotación capitalista era como una hidra: cuantas más cabezas se le cortaban, más le crecían. Para combatirla, los sans-culotte tuvieron que ir de exceso en exceso; tuvieron que declarar a la revolución en permanencia, acentuar cada día más el sistema del terror, que la guerra hacía ya necesario, pues con su lucha contra el capitalismo se oponían cada vez más a las necesidades de la producción, de los intereses del resto de clases.

Pero cuando las victorias de los ejércitos franceses, dentro y fuera, consolidaron la situación de la república, el terror dejó de ser una necesidad para la salvación de la revolución. Devino cada vez más intolerable: no era ya más que un obstáculo al crecimiento económico. Y mientras que sus adversarios se hacían fuertes rápidamente, los sans-culottes, ya diezmados por sus perpetuas luchas intestinas, vieron como declinaba su poderío entre las deserciones y falta de firmeza generalizadas. Cuanto más victoriosas eran las armas de Francia, los sans-culotte perdían más crédito ante el ejército y la burguesía, que ahora levantaba la cabeza y compraba a los mendigos mercenarios. Perdieron sus posiciones unas tras otras, hasta el día en que finalmente fueron reducidos a una completa impotencia.

En su caída (que comenzó con la de Robespierre, 9 termidor o 27 de julio de 1794, que había precedido a la de Hébert, y que se consumó el 4 de pradiar, 24 de mayo de 1795) se ha visto el naufragio de la revolución. ¡Como si un acontecimiento histórico, un hecho, resultante de las relaciones sociales reales, pudiese “naufragar”! Una empresa proyectada por individuos, una revuelta, un motín, pueden fracasar, pero no un proceso histórico del que una revolución es el final; una revolución que fracasa no es una revolución. Una revolución puede fracasar tan poco como una tormenta. En una tormenta puede ocurrir que los barcos naufraguen, y en una revolución los partidos; pero no hay que identificar la revolución con esos partidos, ni confundir los objetivos de éstos con los de aquella.

Los jacobinos y los suburbios de París fracasaron porque las circunstancias no permitían una revolución pequeñoburguesa o proletaria, y porque su obra era incompatible con la revolución capitalista. Su acción no fue en vano sin embargo. Fueron ellos los que salvaron a la revolución burguesa y destruyeron el régimen feudal, y de tal forma que semejante cosa no se había visto todavía en ningún país del mundo; fueron ellos quienes prepararon el terreno sobre el que, bajo el Directorio y el Imperio y en el espacio de algunos años, una nueva forma de producción, una nueva sociedad, cogería un impulso tan rápido y maravilloso. ¡La ironía es grande! ¡Los más mortales enemigos de los capitalistas son quienes involuntariamente realizaron para los capitalistas lo que los capitalistas por sí solos no hubieran hecho jamás!

Pero el combate de los pequeñoburgueses y proletarios revolucionarios de Francia, en particular de París, incluso finalizado con su derrota, no careció de resultados para ellos. El gigantesco poder que hicieron estallar, el papel histórico enorme que ejercieron, les dio un orgullo y madurez políticos que no iban a perder en absoluto y que todavía viven hoy en día. Las tradiciones jacobinas todavía lanzan como un resplandor juvenil sobre el radicalismo burgués de Francia; y no hay país en Europa donde, a pesar de su senilidad, el radicalismo sea más vigoroso que en Francia, aunque todavía arrastra a remolque una parte, en verdad cada vez menor, del proletariado.

El “miedo blanco” hace ver a nuestros historiadores a un comunista en cada jacobino. En verdad, las tradiciones jacobinas son hoy en día uno de los obstáculos más serios que impiden la formación en Francia de un gran partido obrero, uno e independiente.

IX Los campesinos

Si los artesanos, los proletarios, y toda la pequeña burguesía de las villas, eran miserables, más miserable era aún la situación de los campesinos. En París, el pueblo no dejaba de estar influenciado por el movimiento de ideas: concentrado, por otra parte, en grandes masas en los angostos suburbios, cerca del gobierno, su cohesión e inteligencia le daban alguna fuerza de resistencia, y podría actuar directamente sobre los poderes públicos. Sin duda que se lo exprimía: pero, con los campesinos, ¡con que gozo se hacía! Aislados, diseminados, lejos de todo movimiento intelectual, no tenían ningún medio de resistencia: ¡apenas si podían hacer que se escuchasen sus quejas!

La nobleza, el clero, la burocracia de estado y de las ciudades, casi todos los privilegiados, estaban o enteramente o en parte exentos de impuestos directos: todo el peso de los impuestos recaía sobre los campesinos. A veces entregaban al fisco hasta el 70% de sus ingresos netos; de media, los impuestos absorbían el 50% de esos ingresos.

Para el servicio militar eran los campesinos quienes suministraban los mayores contingentes a la milicia, a la que cada año se enrolaba a 60.000 hombres. La nobleza, por el contrario, estaba exenta de servicio. Sin embargo, tenía la poca vergüenza de justificar su exención de impuestos pretendiendo que pagaba el impuesto de sangre y que ella era la única que lo pagaba: en realidad, había hecho de ese deber peligroso y oneroso (mientras lo mantuvo) un privilegio lucrativo, gracias al cual explotaba al país. Si alguien les reprochaba que era injusto enrolar solo a campesinos, un defensor de la nobleza creía dar una respuesta perentoria diciendo que únicamente los campesinos podían soportar ser tratados y alimentados tan miserablemente como lo eran los soldados.

Solo el campesino cumplía con las corveas para la construcción de los caminos; sobre él pesaban los gastos de alojamiento, de servicio de relevo durante los transportes de tropas.

Las cargas que le imponía el mantenimiento del estado moderno al campesino crecían todos los días; y, al mismo tiempo, las cargas feudales se mantenían, obstáculos a cualquier mejora en los cultivos, causas de decadencia.

El campesino no podía plantar lo que quisiera; el diezmo descansaba sobre las plantas desde hacía mucho tiempo ya conocidas, y cultivar otras nuevas, como manzanas o la alfalfa, le estaba prohibido de mil formas. Introducir un mejoramiento en los cultivos, pasar, por ejemplo, de los cultivos de tres alternancias al cultivo de cambios alternativos le era muy difícil. Los restos del régimen de servidumbre obstaculizaban el progreso agrícola en una medida cada vez mayor.

Durante los trabajos más urgentes, el campesino podía ser llamado a corvea en cualquier momento. Si, gracias a entrega de dinero, se había liberado de las corveas sobre las tierras del señor, las corveas para la construcción de caminos y los servicios de relevos, en particular en los transportes de tropas, habían devenido una carga más pesada todavía.

Con la cosecha crecida, al campesino le era casi imposible protegerla de los animales de caza, de los conejos y palomos del “gracioso” señor. La caza era un derecho reservado a la nobleza; ésta también tenía derecho de criar conejos y gallinas, y hacía de estos privilegios un uso muy lucrativo: quien tenía que alimentar a los conejos y las gallinas no era ella sino los campesinos, y piensa uno que lo harían con gozo pues

esos animales debían arrasar sus campos. Llegaba a suceder que se les obligase a sembrar únicamente para los conejos. Los guardas de caza tenían derecho a tumbar a quien matase solamente a una liebre o un conejo. Taine encuentra que es singular que, en el mismo momento en que “las costumbres se suavizaban” y en el que “se difundían las luces”, la barbarie de la caza creció⁷. Pero para la nobleza la caza no era tanto un medio para explotar al campesino como lo era para divertirse, y, a medida que la nobleza se hacía más parasita, aumentaba su búsqueda ardiente de placeres y su furia de explotación. “La suavización de las costumbres” no se manifestaba más que en las relaciones de los señores entre ellos y con los hombres del dinero. Se dejaba crecer cada vez más a los animales de caza, incluso a los más nocivos: en el Clermontois, se llevaron jóvenes lobos a los bienes del príncipe de Condé, criados con cuidado, para soltarlos en el invierno y cazarlos. ¿Se comían las ovejas de los campesinos, o incluso a sus hijos? Esto les preocupaba muy poco a esos nobles señores que en sus salones sabían discurrir tan educada y espiritualmente sobre la humanidad.

El rey, en su calidad de primer señor del reino, era el primer cazador de Francia⁸, y, en consecuencia, uno de los mayores devastadores del campo. En los alrededores de París en particular sus cacerías reservadas hacían casi imposible cualquier cultivo. En las once capitanías de los alrededores de la capital, los animales de caza infringían tantos estragos como el “paso de once regimientos de caballería enemiga”. Es sabido que Luis XVI no tenía, además de la cerrajería, más que una pasión: la caza. El 14 de julio, el día de la toma de la Bastilla, solo se encontró en su diario un grito de dolor: ¡sin caza!

Un reglamento de 1762 les prohibía a los campesinos cerrar, dentro de la extensión de tierra de caza real, sus campos y huertos para librarse de los animales de caza, y prohibía a todo el mundo, incluso a los propietarios, la entrada en los campos del 1 de mayo al 24 de junio para no molestar a las perdices en su incubación. ¡La cizaña podía crecer a gusto durante ese tiempo!

Incluso en 1789, cuando el levantamiento contra el régimen feudal ya había estallado, se construyeron aún, nada menos que en un cantón de la capitanía real de Fontainebleau, 108 “cobertizos” para liebres y perdices a pesar de las protestas de los campesinos lesionados.

Y, como se pretende, ¡Luis XVI era un dulce y buen señor! ¿Cómo pues actuaban los otros, los “desalmados”?

Si, a pesar de todos esos obstáculos, el campesino lograba obtener una cosecha ¿cree alguien que podía guardarla enseguida en la granja? En absoluto: la siega debía permanecer en los campos hasta que los recaudadores hubiesen contado las garbas y determinado el montante de la contribución en especie. Si sobrevenía una tormenta durante el intervalo, la cosecha estaba perdida.

Una vez ya, por fin, había entrado la cosecha en casa del campesino éste no era libre para emplearla a su gusto. Tenía que prensar su vino en la bodega del señor, moler su trigo en el molino del señor, cocer su pan en el horno del señor. Tratar de evitar esta obligación estaba severamente prohibido. El campesino no podía poseer un molino manual sin comprar ese derecho. Bodega, molino y horno de cocer estaban arrendados y se encontraban, como con razón se piensa, en el más lamentable de los estados: solo funcionaban lenta y malamente. ¿Para qué mantenerlos en buen estado si la ley le aseguraba al arrendatario una clientela fija?

⁷ Taine, *Orígenes de la Francia contemporánea, el Antiguo Régimen*, página 74.

⁸ Sus dominios comprendían 1 millón de arpendes de bosques de caza, sin contar los bosques que servían para la explotación de salinas y otras explotaciones industriales.

Si el campesino, a pesar de todas estas instituciones destinadas no solamente a explotarlo sino también a reducir al mínimo el producto de su trabajo, obtenía todavía un excedente que pudiese llevar al mercado, ahí también se encontraba con obstáculos. No podía vender su vino más que cuatro o seis semanas después de la cosecha; durante ese tiempo tenía el monopolio de la venta el señor. Los caminos de campo eran miserables, las aduanas y derechos de mercado muy elevados. ¡Y el campesino podía estar muy contento si lograba vender de su excedente lo suficiente para pagar los gastos del transporte!

¡Pero en raras ocasiones alcanza a producir un excedente! No era bastante con todas esas exacciones y corruptelas “legales”, que únicamente podemos indicar y cuya enumeración se alargaría indefinidamente (Wachsmuth, en su *Historia de Francia en tiempos de la revolución*, no cuenta menos de 150 suertes de derechos feudales, que fueron abolidos sin indemnización en la noche del 4 de agosto): el campesino estaba entregado, inerme, a los funcionarios del rey y del señor que, como bien se piensa, le sacaban hasta la última moneda. El campesino no podía salvarse de una completa ruina más que aparentando una miseria lamentable. Así, su morada era patética y lamentables eran su ganado, sus instrumentos de trabajo y sus campos. Si lograba salvar alguna cosa era bajo la forma de grandes escudos, fáciles de ocultar a los fisgones ojos de los “servidores de la ley”. El dinero se dedicaba casi siempre a un nuevo campo, pero no a la mejora del cultivo. Todo aumento en la renta de la tierra hubiese tenido por consecuencia una correspondiente elevación de las tasas.

El lamentable estado de los cultivos a los que se aplicaban los más primitivos procedimientos, era una necesidad inevitable para la mayoría de los campesinos; solamente un pequeño número alcanzaba a guardar, enterrado en alguna parte, un pequeño tesoro. El suelo, que nadie abonaba, devenía, día a día y a ojos vista, más improductivo; las malas cosechas sucedían a las malas cosechas. Y no había trazas, naturalmente, de reservas: cuando llegaba un año malo, eran inevitables los más terribles sufrimientos como efecto. Muchos campesinos, después de semejantes años, ya no podían continuar explotando sus campos. Abandonaban la gleba, el campo se despoblaba a ojos vista. En 1750 Quesnay ya admitía que una cuarta parte del suelo cultivable estaba sin cultivar; en vísperas de la revolución, Arthur Young cuenta que un tercio del país (más de 9 millones de hectáreas) ¡era un desierto! Según la Sociedad de Economía Rural de Rennes, las dos terceras partes de Bretaña eran terreno baldío.

Y mientras que disminuía el número de campesinos, los impuestos, que se repartían entre un número de cabezas más pequeño, aumentaban rápidamente. Nada pues de asombroso si, finalmente, en muchos cantones rurales toda la población amenazaba con huir, pero ¿adónde? La emigración al extranjero era entonces para los campesinos casi imposible; se apretujaban en las ciudades como jornaleros; pero allí también tropezaban con barreras feudales, el monopolio de las corporaciones, que devenía tanto más intolerable en tanto que aumentaba la proletarización del campo; se amontonaban en los suburbios de París, donde el régimen corporativo no estaba en vigor, e iban a engordar la masa de los futuros “sans-culottes”.

Otros se dejaban enrolar en el ejército, ciertamente que no con entusiasmo por la causa de los privilegiados que tenían que defender: ¿es que acaso no era por culpa de ellos que se viesan reducidos a esta miseria sin solución? No les faltaba, por el contrario, más que un empujón para levantarse contra sus verdugos.

La mayoría de estos “expropiados” caían en el “proletariado de mendigos”, cuyo número crecía rápidamente, a pesar de las brutales penas que se aplicaban a los mendigos y vagabundos. Entonces, como hoy en día, los dirigentes se imaginaban que no se podía carecer de propiedad o de trabajo más que por culpa de uno mismo. Una

ordenanza de 1764 castigaba la mendicidad e incluso la falta de trabajo con tres años de galeras; y, sin embargo, el número de mendigos era de 1.200.000 en 1777. No sabemos cómo se estableció esa cifra. Puede que se base en una simple estimación: no por ello rinde menos testimonio de cómo de terrible había devenido entonces la miseria⁹.

Quienes tenían el puño rápido y agallas, despreciaban, sin embargo, la humillante mendicidad. Se reunían en bandas armadas y cogían por la fuerza aquello que necesitaban. Esas bandas de ladrones sembraban el terror en los campos.

Pero en los campesinos que su propiedad o el yugo feudal todavía ataban a la gleba, el espíritu de revuelta se despertaba cada día más. Los funcionarios del rey y de la feudalidad encontraban a cada instante una violenta resistencia. Aisladas, incoherentes, esas revueltas de campesinos fueron en general reprimidas sin dificultad. Pero solo hacía falta un acontecimiento en la capital, que mostrase que había llegado el momento del combate decisivo, y el odio largo tiempo contenido estalló por todas partes al mismo tiempo de forma irresistible; la guerra civil latente estalló abiertamente. Ese acontecimiento fue la toma de la Bastilla: una mala cosecha, un invierno terriblemente duro y las elecciones a los Estados Generales ya habían hecho elevarse los espíritus a un alto grado de exaltación¹⁰. El edificio feudal se vino abajo todo entero de

⁹ Ver el capítulo VIII. Sobre el proletariado en harapos en Francia antes de la revolución, he aquí lo que dice Kareiev en su obra ya citada (*Los campesinos*, página 211-214) traducimos algunas pasajes amablemente puestos a nuestra disposición por nuestro amigo F. Engels.

“Es notable que el número de indigentes era el mayor en las mismas provincias que pasaban por ser las más fértiles; la causa de ello era que en esas provincias había muy pocos campesinos propietarios.”

Dejemos hablar a las cifras: en Argentré (Bretaña), de 2.300 habitantes que no vivían del comercio y de la industria, más de la mitad vivía en la indigencia, y más de 500 personas se veían reducidas a la mendicidad. En Vainville (Artois), de 130 familias, 60 estaban en la miseria. Si miramos hacia Normandía: en Saint-Patrice, de 1.500 habitantes, 400 vivían de limosna; en Sain-Laurent, de 500 habitantes, las tres cuartas partes (Taine). De los cuadernos de bailiazgo de Douai, vemos que, por ejemplo, en un pueblo de 332 familias, la mitad vivía de limosna (parroquia de Bouvignies); en otro pueblo, de 143 familias, 69 eran indigentes (parroquia de Aix) y en un tercero, de 413, alrededor de un centenar vivían enteramente de la mendicidad (parroquia de Landus), etc. En la senescalía de Pus-en-Velay, según el cuaderno del clérigo, de 120.000 habitantes, 58.897 no tenían capacidad para pagar impuestos o cualquier otra cosa (*Archivos parlamentarios de 1787 a 1860*, volumen V, página 467). En las aldeas del distrito de Carhaix, se encuentran las siguientes proporciones: Frerogan, 10 familias con holguras, 10 indigentes, 10 viviendo de la mendicidad; Montref, 47 familias medianamente acomodadas, 74 menos bien repartidas, 64 familias de pobres y jornaleros; Paule, 200 hogares a los que en la mayor parte del tiempo se les puede aplicar el nombre de mendigantes (*Archivos Nacionales*, libro IV, página 17). El cuaderno del párroco de Marboeuf se queja de que de 500 habitantes de ese poblado había alrededor de 100 mendigantes (Boivin-Champeaux, *Noticia histórica sobre la revolución en el departamento del Eure*, 1872, página 83). Los campesinos del pueblo de Harville decían que, faltos de trabajo, un buen tercio de ellos estaban en la mendicidad (encuesta de los habitantes de la comuna de Harville, *Archivos nacionales*).

En las ciudades la situación no era mejor. En 1787, en Lyon había 30.000 obreros reducidos a mendigar. En París, de 680.000 habitantes, 118.784 se encontraban en la miseria (Taine, página 507). En Rennes, un tercio de la población vivía de limosna y otro tercio se encontraba continuamente en peligro de caer en la mendicidad (Du Chatelier, *La agricultura en Bretaña*, París, 1863, página 178). La pequeña ciudad de Lourletaunier, en el Jura, era tan pobre que, cuando la Constituyente estableció el censo electoral, de 6.518 habitantes solamente 728 fueron contados como ciudadanos activos (Sommier, *Historia de la revolución en el Jura*, Pau, 1846, página 33). Es verosímil que en tiempos de la revolución la gente que vivía de limosna se contase por millones. Así, un folleto clerical de 1791 afirma que en Francia había 6 millones de indigentes (*Dictamen a los pobres sobre la revolución presente y sobre los bienes del clero*, página 15), lo que, sin embargo, es un tanto exagerado. Pero la cifra ofrecida para el año 1777, de 1.200.000 mendigos puede que no esté por debajo de la verdad (Duval, *Cuadernos de la Marca*, París, 1873, página 116).

¹⁰ El año 1788, el granizo y la sequía habían perjudicado mucho los ingresos de los campesinos; ¡a fines de diciembre de 1788, en París el termómetro cayó a 18 3/4 grados Réaumur! Entonces, solamente en el suburbio de Saint-Antoine se contaban 30.000 indigentes.

un solo golpe ante el levantamiento de los campesinos; junto a los castillos feudales ardiendo, el antiguo régimen desapareció en las llamas. Y cuando en la famosa noche del 4 de agosto los privilegiados sacrificaron sus privilegios en medio de un entusiasmo general, solo renunciaban a aquello que ya no tenían, para salvar así el resto.

En verdad, el levantamiento de los campesinos no fue general.

Cuando hemos esbozado el estado de la nobleza ya hemos visto que en Francia, antes de la revolución, había provincias alejadas en las que la feudalidad y las formas del catolicismo que le correspondían todavía hundían sus raíces en el modo de producción, en el que, por otra parte, lo que había devenido cadenas insoportables servía todavía de escudo protector. En esas provincias, cada poblado vivía y producía aún para sí mismo, según el antiguo modo. La patria del campesinado no se extendía más allá del campanario de su pueblo: lo que estaba más lejos de ese horizonte estrecho para él era “el extranjero” al que no necesitaba para nada, con el que no quería tener ninguna relación, del que solo esperaba desorden y pillaje. Regular las relaciones con este extranjero, asegurar la defensa del país contra él, era asunto del cura y del señor. ¡Y he aquí que ese extranjero, conducido por el París tan detestado, se ponía ahora a marcarle la ley, y a querer aplicarla con más vigor de lo que jamás lo había hecho la antigua monarquía! ¡Y qué leyes! ¡Leyes que estaban en más aguda contradicción con sus hábitos, con su manera de producir, de lo que lo estaban las leyes y ordenanzas de la antigua monarquía, leyes que pisoteaban tolo aquello que él respetaba y veneraba, y que arruinaban la organización corporativa de la familia y la comuna sobre la que descansaba su modo de producción! Por fin, este extranjero, enemigo para él, ¡iba incluso a arrebatarse sus hijos (cosa que jamás se había visto) para obligarlos al servicio militar!¹¹

Los nobles y curas, sobre todo en Vendée y en Calvados, no necesitaron excitar mucho a los campesinos para levantarlos contra la Convención de París: ¿no habían solucionado ellos siempre sus relaciones con el “extranjero”?

La masa de los campesinos, en las otras partes de Francia, sin embargo, no estaba en absoluto con ellos. Estaban unidos a la revolución por lazos sólidos. La restauración de la antigua monarquía era para ellos la restauración de la vieja opresión feudal, de la vieja miseria feudal. En parte los había amenazado con la pérdida de sus bienes. La Asamblea Nacional había declarado los bienes de la Iglesia bienes nacionales y había confiscado los bienes de los emigrados. Tanto unos como otros fueron puestos en venta, y si esta medida sirvió en mucho para enriquecer a los especuladores, les ofreció a los campesinos, sin embargo, la posibilidad de acrecer su pedazo de tierra con un nuevo fondo, cosa que en tanto que posible se les facilitó. Se dividió en lotes los bienes del clero, después los de los emigrados, se vendieron esos lotes a cambio de adelantos insignificantes y se les garantizó el resto con amplios plazos. Muchos que, hasta la revolución, habían poseído sus tierras como patanes censatarios, lo más a menudo hereditariamente, dejaron de pagar ese censo y trataron, con éxito en muchas ocasiones, de transformarse en propietarios independientes.

Los señores de la corte, para mostrar su bravura caballeresca y su lealtad, habían huido y dejado el rey plantado desde el mismo momento en que el suelo bajo sus pies empezó a quemar. Desde la toma de la Bastilla ya habían emigrado muchos y, a su cabeza, el hermano del rey, el conde de Artois. Esos “nacionalistas” y “patriotas” intrigaban para volver a Francia bajo la protección de los ejércitos austríaco y prusiano, y con la intención de reconquistar sus privilegios. Su victoria era, pues, la restauración de la feudalidad, la restitución de los bienes del clero y de los emigrados. Y para quien

¹¹ En febrero de 1793 la Convención promulgó una ley de conscripción que establecía el servicio obligatorio para todo francés no casado, de 18 a 40 años; pero permitía el reemplazo.

conoce el yugo bajo el que el campesino había suspirado antes de la revolución, para quien sabe con qué fanatismo el campesino se apega a la tierra, no le es difícil entender por qué los campesinos se unieron a los revolucionarios de la ciudad, y en levadas masivas, para marchar a rechazar en la frontera a la contrarrevolución.

Pero los campesinos no se sublevaron en absoluto por entusiasmo hacia la Legislativa, la Convención y los jacobinos de París que, en los primeros años de la guerra, a partir de 1792, gobernaron Francia y dirigieron los ejércitos. El campesino nunca ha sido un ferviente partidario del sistema representativo en el que, a consecuencia de su aislamiento y miseria intelectual, ha tenido poca influencia. Y si se piensa que esta época, en Francia, no se hacía más que despertar a la vida pública, si se piensa en la falta total de educación política del pueblo entonces, ¿cómo se podría haber manifestado esa influencia? Los campesinos no podían enviar a los suyos a las asambleas; enviaban a abogados, médicos, funcionarios, en breve, a gente de la ciudad que, sesionado en París, se entregaba a las influencias de la “masa revolucionaria” de la capital. Desde el momento en que los intereses de esta masa entraron en conflicto con los de los campesinos, éstos, naturalmente, fueron apartados a un lado en la legislación y la administración. Y tales conflictos no dejaron de producirse. Para satisfacer a las masas indigentes de los pequeños burgueses y proletarios de París, las diferentes asambleas legislativas tuvieron que sacrificar o a la burguesía o a los campesinos. Sí, se figura uno a quienes prefirieron sacrificar. Pero entre la misma pequeña burguesía y los campesinos estallaron conflictos: aquella buscaba tener pan barato, éstos sacar lo más posible de la venta de sus productos. El antagonismo alcanzó su apogeo cuando los jacobinos, tras la caída de los girondinos, tuvieron plena hegemonía: decretaron el máximo, la requisita, no solamente para el ejército sino también para París, donde los sufrimientos eran horribles; y esas medidas que afectaban en primera lugar a los comerciantes y especuladores, también golpeaban a los campesinos¹².

La institución revolucionaria hacia la que el campesino sentía el mayor entusiasmo era el nuevo ejército, con su organización democrática y donde cada soldado llevaba en su cartuchera el bastón de mariscal. Este ejército, formado sobre todo por hijos de campesinos, le ofrecía la más brillante carrera. Siendo un simple soldado, el ejército no era por ello a los ojos del campesino menos no solamente la salvaguardia de la libertad recientemente conquistada, del suelo recientemente conquistado contra la feudalidad, que amenaza con volver con la ayuda de Europa, sino, además, un medio para enriquecerse con el botín.

Esta última consideración no debe despreciarse. Las guerras de la revolución fueron para el desarrollo económico de Inglaterra y de Francia en particular, de la mayor importancia. Colocaban a Inglaterra en posesión, en parte momentáneamente y en parte definitivamente, de las colonias no solamente de Francia sino, también de Holanda que, en 1795, cayó en poder de los franceses, y de España, que se vio forzada en 1796 a firmar con aquellos una alianza. Además, le permitieron a Inglaterra entregarse al pillaje ininterrumpido de las flotas y costas de esos países.

Pero Francia se aferró a Bélgica, Holanda, Italia, Egipto, Suiza, Alemania, etc. En esos países, no robaron solamente los soldados según les vino en gana: lo que éstos

¹² La causa de estos sufrimientos era la guerra contra el exterior que no solamente absorbía muchos víveres para el mantenimiento del ejército, sino que también dificultaba la importación. Puede que las guerras civiles del interior ejerciesen una acción todavía más ruinosa. Y los mismos campesinos revolucionarios, a los que la avaricia de los recaudadores y funcionarios ya no forzaba a vender a cualquier precio una buena parte de su cosecha, mostraban tendencia a conservar para ellos su provisión de trigo: los pequeños campesinos, porque apenas si producían bastante para sus propias necesidades, los grandes propietarios y granjeros para hacer subir los precios que, dadas todas esas circunstancias, subían rápidamente.

robaron no son más que bagatelas en comparación con las enormes sumas que arrancaron los generales y comisarios, en parte para sí mismos, en parte para el tesoro público que, por su parte, sufría el robo de los proveedores ávidos y de los “hombres de estado”. Tras la caída de los jacobinos la guerra se convirtió en un “buen negocio”, el mejor en aquellos tiempos; gracias a ella los tesoros amasados por la feudalidad en los países que acabamos de citar y yaciendo, improductivos, en las iglesias, monasterios y cofres de los príncipes, como también las riquezas de las viejas repúblicas mercantiles de Holanda e Italia, afluyeron a Francia para servir allí a la producción capitalista. El estado francés, en las mismas vísperas de la bancarrota, se hizo de golpe rico, y ricos todos aquellos que estuvieron en situación de robar al tesoro público. Las grandes fortunas medraban como campeones y buscaban emplazamientos ventajosos. Al mismo tiempo, las guerras victoriosas ampliaban el mercado de la industria francesa; no resultó desfavorecida por la nueva manera de hacer la guerra. La Francia revolucionaria había sustituido a los ejércitos permanentes de la antigua monarquía, relativamente pequeños, con el reclutamiento en masa: de ello se derivaba para la industria la obligación de vestir y armar rápidamente a grandes masas de hombres y la necesidad de las industrias de lujo (que habían sido sobre todo hasta entonces) de transformarse en industrias modernas que fabrican en grandes cantidades.

Para el estado, evitada la bancarrota; para los campesinos, la protección de su nueva propiedad y la posibilidad para sus hijos de una rica y brillante carrera; para la gente de las finanzas, los mercaderes y los empresarios capitalistas, la ocasión de grandes beneficios; los obreros sin trabajo, ocupados: todas esas ventajas las ofrecía el ejército. Y si se quiere comprender la importancia política que acabó teniendo no hay que olvidar la importancia que tuvo para el desarrollo económico de Francia. No es, pues, verdaderamente un hipótesis demasiado “idealista” que los franceses se quedasen prendados de repente de la gloria militar, que ese pequeño nombre, “gloria”, les haya perturbado la cabeza e inflamado el corazón por la política de conquista y el culto a Napoleón.

Teniendo en cuenta esta importancia del ejército, un general victorioso tenía que convertirse, *a priori*, en un factor político de primer orden en la vida social de Francia. Y desde el momento en que se hizo dueño de la administración pública, su poderío tenía que devenir absoluto. La misma revolución había acrecido y fortalecido, en todos los sentidos, el poderoso aparato burocrático que había recogido del antiguo régimen y que había sido uno de sus más sólidos apoyos; la revolución había ampliado sus funciones, aumentado los medios de acción y destruido lo que todavía se oponía a su omnipotencia, las asambleas y privilegios de las provincias y del estados; al mismo tiempo, había hecho la subordinación de los órganos de la administración pública a cada detentor del poder central más incondicional de lo que jamás había sido; había abolido las funciones que se apoyaban en los privilegios o en la compra, y cuyos titulares se habían mostrado a veces tan insubordinados.

El estado había acrecido, pues, de una manera enorme su poderío; la burguesía, por el contrario, no había adquirido en la misma medida la energía que la hubiese hecho dueña de ese poderío gracias al parlamentarismo.

En el curso de la revolución, una gran parte de la burguesía se había cansado de las luchas parlamentarias y suspiraba por el reposo, el reposo del ave rapaz que quiere devorar tranquilamente a su víctima. Con antelación, muchos burgueses se habían mostrado llenos de desconfianza y frialdad ante la revolución, a veces incluso la habían recusado y combatido; el régimen del Terror había enfriado aún más el entusiasmo de la burguesía por la libertad. Muchos de los ideólogos habían perdido sus ilusiones; habían devenido “razonables” y acabaron reconociendo que la revolución no era la liberación

de la humanidad sino del capital; consentían en ver a la libertad y el régimen parlamentario, por los que habían combatido, confiscados por un héroe: ¿no iba ese héroe a confiscar en beneficio de los capitalistas franceses a Europa entera y hacer de ella su humilde tributario?

Por otra parte, cuando Francia emprendió su marcha victoriosa a través de Europa, ya no había clase sobre la que pudiese apoyarse la burguesía. Ahora bien, incluso en los tiempos del gran ascenso revolucionario, ésta jamás pudo mantener su dominación por sí sola y sin aliados.

El régimen parlamentario le correspondió en Francia a consecuencia de un levantamiento de los privilegiados contra la monarquía. No estuvo en situación de mantenerlo contra la corte y sus aliados de fuera y de dentro sin la intervención vigorosa de los campesinos, de los pequeñoburgueses y de los proletarios. Pero los campesinos no combatían, como hemos visto, por el sistema representativo, sino contra el absolutismo feudal. El nuevo ejército, organizado democráticamente y compuesto sobre todo de campesinos, era la institución hacia la que tenían más entusiasmo, y si un general victorioso, que había ascendido desde abajo de la escala social a la cabeza del ejército, echaba abajo la dominación del parlamento para establecer su dominación absoluta, muy lejos de sublevarse contra él, lo aplaudían porque éste, emperador de los campesinos, substituyese al régimen de los abogados. En cuanto a los sans-culottes, que habían fundado la república y la habían salvado del asalto de las fuerzas feudales, estaban reducidos a la impotencia. Las victorias de los ejércitos franceses les había arrebatado su fuerza y razón de ser de su régimen; la burguesía los había aplastado en nombre de sus intereses de clase, y, así, había destruido el único poder que hubiese podido oponerse a un régimen de los sables.

La vieja monarquía, sin embargo, no podía ser restaurada, el imperio no significaba la vuelta a la explotación feudal, y muy pronto fue, como el régimen terrorista de los jacobinos, un instrumento de la revolución. Los jacobinos salvaron a la revolución en Francia; Napoleón revolucionó Europa.

X El extranjero

Antes de cerrar esta exposición quisiéramos echar una mirada a las artimañas de los feudales, de la nobleza y de las cortes de fuera de Francia, artimañas que no dejaron de influir en el desarrollo de la revolución.

Ya es increíble un desacuerdo entre la realeza y la nobleza en Francia en vísperas de la revolución; pero ¿cómo concebir que al día siguiente de la catástrofe tal desacuerdo se pudiese producir entre las monarquías europeas y que, en nombre de efímeros intereses, se hubiesen podido producir luchas entre aquellos cuyos intereses permanentes y generales reclamaban, precisamente, la más rigurosa de las uniones? Vamos a señalar algunas de esas luchas más importantes.

El Habsburgo José II había realizado en sus estados, con gran energía y valentía, una serie de reformas radicales en el sentido del “despotismo ilustrado”. Se había desembarazado de las asambleas de estado y había puesto a los privilegiados bajo la dominación de su burocracia, como simples mortales (esto es lo que entonces se llamaba introducir la “igualdad ante la ley”, la ley, en verdad, no era otra cosa más que la voluntad del autócrata). La nobleza perdió su exenciones de impuestos, su dominación ilimitada sobre los campesinos; el clero, numerosos monasterios; la nobleza burocrática, cuyos cargos se compraban y que, particularmente en Bélgica (entonces en poder de los Habsburgo) era muy poderosa, sus fecundas sinecuras. Así, agitación violenta entre los privilegiados, murmullos y resistencias; se sublevaron Hungría y Bélgica durante 1789, secretamente incitados por Prusia¹³, que quería debilitar a Austria. “El embajador prusiano en Viena, Jacobi, estaba en estrechas relaciones con los jefes de la oposición y se alegraba de todo aquello que pudiese apresurar la revuelta contra el emperador.” Así habla (y ciertamente este historiador no es parcial) M. de Sybel (*Historia de la revolución*, I, 103).

La oposición de la nobleza húngara es comprensible, todavía tenía bastante fuerza para defender por sí misma sus intereses y no necesitaba la ayuda de la monarquía. Ella y no el gobierno fue quien reprimió el levantamiento de los campesinos de 1784 y 1785. En Bélgica era muy diferente. Allí la nobleza feudal era también completamente impotente, su posición estaba tan amenazada como en Francia y, sin embargo, el ejemplo de Francia no le sirvió en absoluto de advertencia. Atolondradamente, inmediatamente después de la toma de la Bastilla y la noche del 4 de agosto, se sublevó de concierto con los demócratas y proclamó a Bélgica república independiente; el 7 de enero de 1790, los estados de diferentes provincias belgas se constituyeron en “Estados Unidos de Bélgica”: a decir verdad, no siguiendo el modelo americano sino el viejo modelo feudal.

Pero apenas conquistada la libertad estalló el divorcio entre los privilegiados y los defensores del derecho del pueblo, que querían imitar el ejemplo de Francia. Prusia, por si fuera poco, abandonó a sus aliados. En lugar de declararle la guerra a Austria, como parecía que era el momento, se unió a la monarquía de los Habsburgo en el encuentro de Reichenbach (27 de junio de 1790).

¹³ No era la primera vez que un gobierno prusiano trataba de aprovecharse de los levantamientos de Hungría. Federico II consideraba ya muy ventajoso ganarse la “confianza” y “apego” de “esa brava gente”. (Adam Wolf, *Austria bajo María Teresa, José II y Leopoldo II*, Berlín, 1883, página 299)

En estas, murió José II y su sucesor Leopoldo II, mostrándose dispuesto a las concesiones, Hungría quedó pronto apaciguada y la insurrección aislada, incoherente, de los belgas prontamente reprimida (invierno 1791-1792).

Pero el episodio revolucionario había sacudido al pueblo belga. Bélgica no se apaciguaría; se preparaba un nuevo, un real movimiento revolucionario, y cuando los franceses entraron en el país (1792), éste cayó sin dificultades en sus manos. Una Bélgica tranquila hubiese sido un sólido punto de apoyo para las operaciones de la contrarrevolución y hubiese amenazado gravemente a la misma revolución. La estrecha codicia de la aristocracia, del clero, de la nobleza burocrática, la convirtió, por el contrario, en una puerta de salida.

En Suecia, la nobleza se mostró casi más torpe aún que en Hungría y Bélgica. Gustavo III le había arrebatado, mediante una serie de golpes de estado, diferentes privilegios, de modo que en 1789 acabó conquistando el poder absoluto. Pero no empleaba su poderío, y los ingresos que extraía del sometimiento de la nobleza, para la recuperación del país sino en aventuras pueriles y costosas.

Héroe de teatro, aspirando a efectos de escena, colmado hasta el ridículo por delirios de grandeza, quería ejercer el papel de defensor en jefe de los intereses monárquicos de Europa, de Hércules que ahogaría a la hidra de la revolución. Se puso a predicar la cruzada contra Francia: quería remontar el Sena hasta París con una flota y pulverizar ese hogar de la revolución. En 1791 fue a Aix-la-Chapelle para entrevistarse con los nobles franceses emigrados con la finalidad de restaurar la monarquía. Pero durante ese tiempo se preparaba contra él una conjura de la nobleza sueca, convencida de que podía reconquistar de nuevo sus privilegios echando al rey; el 17 de marzo de 1792, las balas del conjurado Ankarstrom derribaban al botafuegos de la contrarrevolución, casi un año antes de que los republicanos de Francia, usando el derecho de guerra, guillotinasen a Luis XVI (21 de enero de 1793) por haber conspirado con el enemigo. Así fue como la nobleza, durante la revolución, les ofreció a los sans-culotte el ejemplo del regicidio.

Los gobernantes de entonces demostraron tener aún más cortos puntos de vista: los cegaba la codicia más limitada. Su coalición contra la revolución podría invocarse como un ejemplo notable para aquellos que hablan de “masa reaccionaria”. Si se ve de cerca, sin embargo, se distinguen en esta “masa” los más agudos antagonismo, las más profundas escisiones. Y la cosa es bastante interesante para que nos detengamos en ella.

En sus inicios, la revolución francesa encontró a Europa a punto de entablar una guerra general. Catalina II de Rusia había sabido arrastrar al emperador José a una guerra común contra Turquía, con la intención de repartir este imperio. La guerra comenzó en 1787 por parte de Rusia, en 1788 por la de Austria. Prusia no podía asistir impasible a esta guerra. Desde Federico II, su política tenía como principio no consentir ningún engrandecimiento de Austria sin que Prusia tuviese en él su parte. Si Austria se apoderaba de las provincias turcas, Prusia pensaba recibir también su engrandecimiento: Austria le habría restituido Galicia a Polonia, y Polonia le habría cedido a Prusia, a cambio, algunos territorios, con las ciudades de Thorn y Danzig. Se puede pensar si Austria consintió de grado la retrocesión de Galicia. Prusia también se preparaba para la guerra y buscaba aliados: y ¿lo más simple para ella no era aliarse con los mismos a los que quería arrebatar un bocado de territorio, a saber los polacos?

M. de Sybel, cuya obra sobre la revolución trata de la influencia de la segunda y tercera división de Polonia bajo la Revolución Francesa (y, a pesar del carácter tendencioso del libro, la cuestión está tratada, en mi opinión, muy profundamente y la documentación del autor es muy rigurosa), ve en la catástrofe que se preparaba para los polacos la consecuencia de una “gran y profunda culpabilidad” (II, página 167), y

dibuja un penetrante cuadro de la desmoralización de la nobleza polaca, de la opresión y explotación que ésta le hacía sufrir al pueblo polaco. No haremos un crimen de que M. de Sybel se erija en juez soberano, llamado a decidir sobre la culpabilidad o no culpabilidad de los factores históricos según el punto de vista de la “moral eterna, intemporal y universal” de un profesor prusiano; esta es la costumbre en los historiadores; pero es lamentable que para la “eterna justicia” del “juez soberano” que solo los polacos tengan que soportar “las consecuencias de una gran y profunda culpabilidad” y no, con ellos, Prusia, Austria, Rusia y todos los estados del continente cuya nobleza mostraba, sin embargo, en todas partes la misma decadencia moral (hasta el punto de no usar pañuelos de bolsillo, hábito que M. de Sybel considera ¡un motivo de “culpabilidad”!) (Libro II, página 173). La única diferencia entre Polonia y sus vecinos es que ésta no había logrado desarrollar los factores que en otras partes servían de contrapeso a la nobleza, en particular una administración pública fuertemente centralizada y una pujante burguesía; y el movimiento económico y político, que no dejaba de hacerse sentir también en Polonia, no podía traducirse en ese país más que en la descomposición y desmoralización de la feudalidad, sin crear los órganos de un nuevo modo de producción y de un estado nuevo. Y si tal fue el desarrollo social de Polonia, la culpa recae sobre las potencias vecinas, ante todo Rusia, que animaron con sus consejos y actos, de forma sistemática, a los “elementos de desorden” en Polonia y ahogaron en germen, (si era necesario por la fuera de las armas) toda tentativa de desarrollo económico o político. Polonia había dejado de ser un reino independiente antes de desaparecer del mapa de Europa. Su caída solo la retrasó las rivalidades y divisiones de las grandes potencias europeas.

En 1772 las cosas estaban ya tan avanzadas que Prusia, Rusia y Austria, a consecuencia de una entente recíproca, se habían repartido entre ellas grandes porciones del territorio de Polonia. El resto fue, en 1775, para las potencias que más tarde formarían la Santa Alianza, sometida a una constitución “republicana” que hacía imposible toda administración pública regular y que erigía a la anarquía en principio de gobierno. Rusia dominó desde entonces en Polonia de una forma casi ilimitada, en parte mediante la corrupción de los jefes de la nobleza, que esta constitución había hecho todopoderosos, en parte gracias al terror. Con todo, cuando las tropas de Catalina estuvieron ocupadas con Turquía, los patriotas polacos creyeron llegado el momento de sacudirse el yugo ruso, y quisieron otorgarse una nueva constitución que eliminase, al menos en parte, la anarquía feudal. Prusia los animó, para molestar a su rival Austria, a una enérgica ofensiva, les prometió la cesión de Galicia, sin decirles nada, naturalmente, de sus propias intenciones sobre Thorn y Danzig, y, finalmente el 29 de marzo de 1790, firmó con los polacos una alianza formal, alianza en la que las dos partes se comprometían a una ayuda mutua caso de un ataque exterior.

Al mismo tiempo, Prusia se aliaba, como hemos visto, con los rebeldes de Hungría y Bélgica.

Inglaterra estaba con Prusia pues ya desde esa época veía en Rusia a una potencia cuya extensión debía ser nociva para su comercio tanto en el mar Báltico como en Oriente. La única potencia que hubiese podido marchar contra Prusia era la monarquía francesa, aliada con Austria por matrimonio. ¡Qué alegría, también, en la corte de Prusia cuando la revolución puso a Francia sin capacidad para emprender una guerra! Comprendió tan poco la importancia de este acontecimiento (su deseo de engrandecimiento la enceguecía) que saludó el debilitamiento de la realeza francesa como un feliz acontecimiento; ¡gracias a él caía el último obstáculo a sus planes para

que Polonia no combatiese!¹⁴ El gobierno de Prusia no se alegraba solamente de la revolución: entabló relaciones con ella. El embajador de Prusia en París, el conde Goltz, anuda lazos muy íntimos con el partido democrático de la Asamblea. Pétion, un diputado de extrema-izquierda, fue aplaudido un día por el rey de Prusia por un discurso democrático; Prusia contribuyó activamente a quitarle a Luis XVI la decisión de la paz y la guerra; así se ponía al resguardo, hasta nueva orden, de un ataque por parte de Francia. Para no comprometer completamente a Goltz, el judío Efraín fue su adjunto para el cumplimiento de estas delicadas negociaciones (septiembre de 1790), ese mismo judío que había participado activamente en el levantamiento de Bélgica en interés de Prusia.

En 1790, las circunstancias eran pues muy favorables para Prusia: la realenza francesa puesta fuera de juego para emprender una guerra; la insurrección victoriosa en Bélgica; Hungría descontenta, Polonia y Suecia cubriendo a Prusia del lado de Rusia, ésta y Austria completamente ocupadas con Turquía que oponía la más viva resistencia: en esta situación, Austria parecía librada sin defensa a Prusia aliada a la rica Inglaterra. También Federico-Guillermo II aspiraba a la guerra.

Pero en Austria, entretanto, el impetuoso y violento José había muerto y en su lugar había subido al trono el prudente Leopoldo (20 de febrero de 1790). Con su flexibilidad desarmó a sus enemigos, apaciguó Hungría, dividió a los sublevados de Bélgica, interrumpió la guerra con los turcos y concluyó con Prusia un arreglo en Reichenbach (27 de julio de 1790).

Durante ese tiempo, la revolución en Francia había ido tan lejos y mostraba tan claramente sus tendencias hostiles a la monarquía absoluta que debió hacer reflexionar a los más limitados monarcas extranjeros. De hecho, era inminente el peligro de que las ideas revolucionarias se apoderasen también de los países vecinos, como Alemania, Bélgica, el Piamonte; exterminarlas o, al menos, contenerlas apareció cada vez más claramente como el deber de todos los monarcas europeos. Y se explicaron al respecto abiertamente: declaración de Leopoldo en Mantua; su nota circular de Padua; la Declaración que Austria y Prusia lanzaron tras la conclusión de una alianza formal en Pillnitz (27 de agosto de 1791) y cuyos términos eran muy amenazadores para Francia. El emperador, además, toleraba los preparativos de los emigrados que reunían un verdadero ejército de invasión en la frontera francesa.

En Francia nadie se hacía ilusiones sobre las intenciones belicosas de Austria y Prusia, y sin embargo no se producía nada en realidad por parte de los aliados que diese cuerpo a esas intenciones. M. de Sybel se ha explayado ampliamente sobre las negociaciones que tuvieron lugar entonces entre las potencias, y cree poder concluir que por parte de las monarquías reinaba el mayor de los amores por la paz, y que la guerra fue provocada por Francia. Nuestra impresión es muy diferente. Es cierto, los girondinos deseaban la guerra tanto como la corte: aquí porque se confiaba en que la entrada en Francia de los austríacos y prusianos supondría la restauración de la antigua monarquía, allí porque se consideraba inevitable la guerra y se quería tomar la ofensiva antes de que los enemigos estuviesen completamente preparados. Por parte de la coalición, por el contrario, la guerra se aplaza cada día, no ciertamente por amor a la paz sino porque ninguna de las potencias aliadas confiaba en las otras. Rusia pensaba en terminar la guerra de Turquía que estaba llevando adelante ella sola después de la

¹⁴ “Se comprende con qué satisfacción Hertzberg, el ministro de Prusia, acogió la noticia de los primeros levantamientos y de la anarquía revolucionaria en Francia; con el corazón gozoso escribía al rey el 5 de julio: “En Francia, el crédito real está arruinado, las tropas no han querido marchar: Luis ha declarado al pueblo la función real sin efectos; ello hace presagiar una escena a lo Carlos I: *es una ocasión de la que los buenos gobiernos deben sacar provecho.*” Sybel, libro I, página 161.

retirada de Austria, y tener libre a su ejército para girarlo contra Polonia, que osaba reivindicar su independencia. Prusia sabía que una nueva división de Polonia era inminente; no había abandonado sus proyectos y esperaba obtener mediante una alianza con Rusia lo que había tratado de ganar con una alianza con Polonia contra Rusia. Austria, en esta ocasión, era para ambas un vecino molesto, y las dos buscaban la forma de empujar a Leopoldo a una guerra contra Francia para tener ellas mismas las manos libres con Polonia. Pero Leopoldo se “olía la tostada” y se negaba a marchar antes de que la cuestión polaca estuviese zanjada.

Francisco II, que sucedió a Leopoldo el 1 de marzo de 1792, se mostró más dispuesto: hombre joven, insignificante, provocó con sus exigencias ridículas y sus ásperas amenazas la declaración de guerra de Francia (20 de abril de 1792). Se iba, pues, a entrar en lucha antes de que el botín de Polonia fuese repartido. La misma Prusia no pudo zafarse de una guerra que concernía al Imperio Alemán y a sus aliados de Pillnitz. Pero no se puso ningún ardor en ello: se despreciaba al enemigo, se pensaba (de acuerdo con la opinión de los emigrados y espías) que toda Francia se mantendría fiel al rey y no deseaba nada más con más fervor que ser liberada del “yugo” de una minoría de terroristas: idea sobre la que bien pronto el ejército prusiano iba a probar, a expensas suyas, cómo de mal fundamentada estaba, pero que todavía puede encontrarse hoy en día en los historiadores conservadores. También se contaba con la cooperación secreta de Luis XVI que debía paralizar las operaciones militares por parte de Francia, cálculo que el levantamiento popular del 10 de agosto redujo a la nada. Pero una de las principales razones que hacían tan lentos e insuficientes los preparativos de Austria y Prusia era que los “aliados” no podía todavía entenderse respecto al reparto de Polonia: las tropas de Catalina de Rusia ya habían invadido Polonia, y Prusia que, hasta mayo de 1792, había jugado el papel de un aliado de Polonia, se quitó la máscara y propuso un nuevo reparto “para la restauración de la paz y el orden”. Mientras que las tropas rusas aplastaban a los polacos abandonados por su aliado, Prusia y Austria llevaban adelante la guerra con molicie; ambas bizqueaban hacia la presa polaca. Nada pues de sorprendente, desde ese momento, que la campaña terminase de una forma lamentable para los aliados.

Al año siguiente la situación fue más crítica para Francia. Austria hizo vigorosos preparativos para tomarse su revancha. Una serie de estados entraron en la coalición: Inglaterra y Holanda, a las que había conmocionado la ocupación de Bélgica por Francia; y, presionadas por Inglaterra, Cerdeña, Portugal, España y Nápoles. En la misma Francia se habían sublevado ciudades y provincias; el viejo ejército estaba en disolución, el nuevo apenas organizado. Los antiguos oficiales aristócratas estaban descartados o huidos; y el nuevo cuerpo de oficiales no era suficiente. Las viejas tropas de línea habían sido diezmadas en parte en la campaña precedente, la masa del ejército se componía de reclutas. Y, para más inri, ¡los generales traicionaban o eran poco seguros! Si el régimen del Terror no hubiese puesto, con una energía férrea, todas las fuerzas de Francia al servicio de la guerra y opuesto al enemigo en todas partes tropas cuyo entusiasmo y número suplían a la falta de ejercicio y disciplina, la joven república hubiese sucumbido al asalto de la vieja Europa monárquica.

Afortunadamente, la codicia de los coaligados superaba a su odio a la revolución. Cada uno de los aliados quería transformar la guerra en un buen negocio; ninguno de ellos confiaba en el otro, todos marchaban por su propia cuenta y, en lugar de descargar grandes golpes, cada uno se apresuraba para apoderarse del objeto de su avidez.

Cerdeña le reclamaba a Austria refuerzos: no se les quería conceder si no prometía abandonar Novarese a Austria en los territorios conquistados a Francia. Gran

rumor en Cerdeña al respecto: un tiempo precioso perdido, el desbloqueo de Lyon insurrecto comprometido y la invasión de Francia por Italia fracasada.

En Bélgica, las tropas inglesas no tenían más prisas que sitiar Dunkerque, puerto importante que desde hacía mucho tiempo deseaba poseer Inglaterra. Los holandeses se fatigaron muy pronto de una guerra que no podía aportarles ninguna compensación. Pero lo más importante fue la hostilidad creciente entre Austria y Prusia.

Rusia y Prusia se habían puesto de acuerdo en el invierno de 1792-1793 para hacer un segundo reparto de Polonia. Austria reclamaba como compensación la promesa de un trozo de territorio francés. Prusia amenazaba con cesar inmediatamente la guerra contra Francia si Inglaterra y Austria consentían un reparto de Polonia. Esas mutuas exigencias no estaban hechas para acercar a las dos potencias. Toda la campaña austríaca no tenía más que un objetivo, apoderarse de todas las partes de Francia que Austria deseaba, Alsacia y una parte del norte de Francia. Pero Prusia, ocupada enteramente con Polonia, no se preocupaba en participar activamente en una empresa que, de una guerra contra la revolución, degeneraba en una guerra de conquistas en beneficio de Austria. El ejército prusiano perdió mucho tiempo ante Mayence y vio después, con una casi completa pasividad, batirse a los franceses y austríacos en Alsacia. Y cuando Austria se aproximó a Rusia, Prusia, temiendo ser engañada por su nuevo “aliado”, interrumpió casi completamente la guerra contra Francia para enviar a la mayor parte de sus tropas del Rin a la frontera polaca y asegurar así una parte del botín.

La coalición de 1794 funcionó todavía peor. Inglaterra y España se enfadaron; en Polonia, en la primavera, el levantamiento adquirió tales proporciones que los rusos perdieron el control y Prusia tuvo que ir en ayuda. En adelante no se podía pensar en participar en una guerra contra Francia, y la misma Austria ya no podía dirigir contra ella a todas sus fuerzas. Había llegado la última hora de Polonia y Austria debió situar importantes tropas en la frontera polaca, a fin de no verse excluida del tercer reparto como lo había sido del segundo. Si Inglaterra no hubiese puesto todo en práctica para mantener a la coalición, ésta habría quedado dislocada desde aquel mismo momento.

Durante este tiempo el nuevo ejército revolucionario de Francia se había fortalecido; se había desarrollado una nueva táctica, original, que lo había convertido en superior frente a los viejos ejércitos, y ya habían salido generales del nuevo cuerpo de oficiales, generales que harían de este nuevo ejército el terror de la Europa feudal, los Hoche, Kléber, Moreau, Bonaparte, etc. Mientras que los jefes de la monarquía feudal se disputaban el reparto de una presa todavía no abatida, habían dado al ejército revolucionario el tiempo para llegar a ser una gran potencia. Incluso si sus ejércitos hubiesen triunfado, a los monarcas coaligados probablemente les hubiese sido imposible aplastar la revolución y restaurar el Antiguo Régimen. Pero si la república francesa de 1794 pudo superar el asalto, estremecer tan profundamente a la feudalidad en toda Europa, y abolirla incluso en los países vecinos, la codicia mezquina y limitada de sus adversarios, que acabamos de tratar de seguir, no es lo más mínimo causa de ello.

Los adversarios de la revolución se alegran, desde hace algún tiempo, en apoyarse en este punto para disminuir (al menos eso creen) la “gloria” de la revolución. No venció por su fuerza interna, declaman, sino gracias a los errores diplomáticos de sus enemigos.

Esos errores no contribuyen, es verdad, a la gloria de la revolución; pero según nuestra opinión todavía contribuyen menos a la gloria de sus adversarios.

Por lo demás, resulte lo que resulte para la gloria de la revolución y de sus adversarios, estamos dispuestos gustosamente a reconocer que no fue solamente la fuerza de los elementos revolucionarios sino, también e igualmente, los errores de los

coaligados los que aseguraron la victoria de la revolución. Sin embargo, con lo que no estaremos de acuerdo es con que esos errores y esa victoria se hayan debido a accidentes.

La discordia entre las cortes, como el divorcio de la nobleza con la realeza burocrática, de lo que la revolución resultó tan poderosamente favorecida, era la resultante necesaria de las relaciones sociales. No son acontecimientos aislados, accidentales, sino fenómenos profundos y característicos, que se han repetido bajo formas diversas desde el tiempo en que hay lucha de clases.

Se podría creer que a la vista del peligro las potencias feudales se verían llevadas a olvidar sus intereses particulares y pasar a tener conciencia únicamente de sus intereses generales y aceptar sacrificios momentáneos para conservar sus privilegios permanentes. Sin embargo, no existían las condiciones históricas para que los privilegiados llevarán a los actos una forma de ver las cosas que parecía tan simple. En el curso de la evolución histórica, de la que la revolución era el fin, habían perdido las cualidades morales e intelectuales que les hubiesen puesto en situación de oponerse con energía y juntos al empuje revolucionario. Al perder sus funciones sociales, las clases feudales no solamente habían devenido inútiles y superfluas sino que, además, habían resultado despojadas de esas virtudes morales que nacen del trabajo. Gozosas, perezosas, afeminadas, habían desaprendido a luchar por un ideal y a aceptar sacrificios para reconquistarlo. Habían degenerado día a día no solamente moral sino también intelectualmente. El estudio de las relaciones sociales mostraba de una forma cada día más clara la inutilidad y nocividad de las clases feudales. Y el interés de clase las forzaba cada vez más no solamente a oponerse a la difusión de esta verdad entre el pueblo sino a taparse ellas mismas los oídos y acunarse con ilusiones. En las cercanías de la revolución, ellas volvían a las antiguas ideas, reflejos de unos tiempos en los que la nobleza había sido necesaria y útil, pero que ellas mismas no comprendían ya muy bien, las resucitaban de forma completamente “ideal”: iban a caer en el misticismo, el espiritualismo, el “romanticismo”.

Las potencias de la sociedad feudal ya estaban, pues, en plena decadencia moral e intelectual cuando entraron en bancarrota política. Incapaces de aceptar el más mínimo sacrificio provisional, incapaces de tomar un gran partido, incapaces de comprender, incluso, su situación, les faltaba todo aquello que podría haber hecho de ellas una “masa reaccionaria”. Las diferentes categorías de la sociedad feudal estaban muy unidas entre ellas, pero como ratas cuyas colas estuviesen atadas todas juntas, que sólo con penas pueden moverse y que, incapaces de buscar por sí mismas su alimento, acaban devorándose entre ellas por su insaciable codicia.

La confusión y el espíritu limitados de las clases feudales no fueron en absoluto accidentales: fenómenos tan necesarios como las luchas de clase en el interior del Tercer Estado fueron entonces los factores que favorecieron poderosamente la revolución.

Con ello se ve con claridad que el desarrollo social es el resultado de las luchas que estallan no solamente entre las clases que ascienden y las que descienden, entre quienes tienen interés en conservar un estado social determinado y aquellos para los que el orden actual es cada vez más intolerable, sino, también, las luchas intestinas en el interior de cada uno de esos dos grandes grupos. Cada una de esas luchas, hayan sido las que hayan sido las intenciones de los combatientes, favoreció a la revolución; por más extraño que pueda parecer, es, sin embargo, incontestable que no solamente la desunión en el interior de las clases reaccionarias, sino, también, la desunión en el interior de las clases revolucionarias, fue un estímulo para aquélla. Los antagonismos de intereses entre capitalista y pequeños burgueses, entre ciudad y campo, apenas si

resultaron ser un obstáculo: encendieron la lucha, acrecieron la energía revolucionaria y, planteándole a la revolución objetivos cada vez más amplios, la precipitaron siempre más adelante.

Por el contrario, los antagonismos de intereses en el seno de las clases reaccionarias debilitaron sus esfuerzos y las llevaron no a combatir con energía y unidas frente a la revolución, sino a pensar solamente, en la caída del presente, nada más que en salvar intereses efímeros. En lugar de apagar el incendio en su propia casa, los privilegiados trataron de aprovechar el desasosiego general para robarle al vecino, hasta que todo el edificio ruinoso las sepultó, a ellos y a su botín, bajo sus ruinas.

Anexo: [Carta de Engels a Kautsky, 20 febrero de 1889]¹⁵

Mi querido Kautsky,

Te devuelvo adjuntos a esta los artículos de la N. Z. con algunas rápidas notas marginales. Su principal problema es la falta de buenos materiales (los Taine y Toqueville, a los que los filisteos ponen por las nubes, son insuficientes. Si tu hubieses hecho *aquí* tu trabajo, habrías encontrado materiales diferentes), de materiales mejores de *segunda* mano, y masas de materiales de *primera* mano. Sin contar que la mejor obra sobre los campesinos, de Kareiev, es rusa. Pero si puedes conseguir el de aquí bajo

Moreau de Jonnes, *Etat écon et social de la France depuis Henry IV jusqu'à Louis XIV*, París, 1868.

Lo leerás con provecho.

Capítulo II, p. 3 [página 7 en esta edición¹⁶].- Aquí falta una clara exposición que muestra la *génesis* de la monarquía absoluta como compromiso natural entre la nobleza y la burguesía, y la necesidad en que aquélla se ve, en consecuencia, de defender los intereses y distribuir los favores de y entre ambas partes a la vez. En ese reparto le corresponde a la nobleza (puesta en situación de retirada políticamente) el pillaje de los campesinos, el del Tesoro Público, y la influencia política indirecta a través de la corte, el ejército, la Iglesia y la alta administración – a la burguesía, la protección mediante tarifas aduaneras, los monopolios así como una administración y justicia relativamente bien organizadas. Si partes de ahí, quedarán aclaradas y facilitadas muchas cosas.

En este capítulo falta también una mención de la nobleza de toga y, de una forma general, los magistrados que, de hecho, constituían también una casta privilegiada y poseían en el seno de los parlamentos un considerable poder frente a la corona; que en el ejercicio de sus atribuciones *políticas* se mostraban defensores de las instituciones limitando las prerrogativas de la corona y, en consecuencia, se alineaban en el partido del pueblo, pero que, en el ejercicio de sus atribuciones judiciales, eran la corrupción personificada (Cf. *Mémoires de Beaumarchais*). Lo que ulteriormente dices de esta camarilla es insuficiente¹⁷.

III, p. 49¹⁸, cf Nota I adjunta [aquí, más abajo], extracto de Kareiev, p. 50: “*esta especie* de burguesía” se transformó a menudo en “*la*” burguesía por excelencia, lo que contradice la división de la clase burguesa de que se trata. De una manera general, por otra parte, tú generalizas demasiado y, por ello mismo, a menudo te haces absoluto en una materia en la que se impone la mayor relatividad.

¹⁵ Versión al castellano desde *Annales historiques de la Révolution française*, 11^e Année, N° 64 (Juillet-Août, 1934), París, 1934, Armand Colin, pp. 361-365. NdE.

¹⁶ Engels se refiere a la edición previamente en *Neue Zeit* de los materiales que componen esta obra. No estando en disposición por ahora de contrastar con esa primera edición en alemán, ofrecemos al lector las referencias a páginas de esta primera edición en castellano que nos parecen más acertadas pero con la salvedad aquí anunciada. Tampoco podemos saber hasta qué punto Kautsky asumió las aportaciones de Engels para la edición en folleto. NdE.

¹⁷ Ver en Capítulo IV, página 18 de esta edición. NdE.

¹⁸ Sin total seguridad, pensamos que se refiere al Capítulo IV, página 24, de esta edición. NdE.

IV. Página 54¹⁹. De todos modos, aquí convendría decir en alguna medida *cómo* esos plebeyos que se encontraban *al margen* de la organización de clases, y que estaban por tanto desprovistos de todo derecho, fuera de la ley, habían llegado poco a poco a lo que tu llamas un “sans-culottismo” (un ismo más) y qué papel jugaban. Y así resuelves las dificultades que tu nombras repetidamente, p. 53, de declaraciones vagas y alusiones misteriosas concernientes a nuevos métodos de producción. Y deviene simple que los burgueses, aquí como siempre, fueron demasiado cobardes para defender sus propios intereses, que a partir de la toma de la Bastilla la plebe tuvo que hacer todo el trabajo en su lugar, que sin la intervención de esta plebe, el 14 de julio, los días 5 y 6 de octubre, hasta el 10 de agosto y el 2 de septiembre, etc..., la burguesía siempre hubiese sido vencida por el antiguo régimen, la coalición aliada a la corte habría aplastado la revolución, y que, en consecuencia, esos plebeyos hicieron ellos solos la revolución pero que eso no ocurrió sin que esos plebeyos se asignaran reivindicaciones revolucionarias de la burguesía en un sentido que no tenían, no llevasen la igualdad y la fraternidad a consecuencias extremas y no destruyesen completamente el sentido de esas fórmulas, porque ese sentido, llevado al extremo, se transformaría, precisamente, en su contrario; que esta igualdad y fraternidad *plebeyas no podían* ser más que puras fantasías en una época en la que se trataba de establecer exactamente *lo contrario* y que, como siempre (ironías de la historia) esta concepción *plebeya* de las fórmulas revolucionarias devino la palanca más poderosa para realizar lo contrario (la igualdad *de los burgueses* ante la ley) y la fraternidad en la explotación.

Yo en tu lugar hablaría mucho menos del nuevo método de producción. Todavía está separado por un abismo de los *hechos* de los que hablas y, traído así sin preparación, aparece como una *abstracción pura*, que no hace más claras las cosas sino mucho más oscuras.

En lo concerniente al terror, éste fue esencialmente una medida de guerra, en tanto que tuvo un sentido. La única clase, o la fracción de clase, que podía asegurar la victoria de la revolución no solamente se mantuvo en el poder gracias a ese medio (era la menor de las cuestiones tras la victoria sobre los amotinados), sino que se aseguró la libertad de movimientos, elbow room, la posibilidad de concentrar las fuerzas en un punto decisivo, la frontera. A fines de 1793 ésta estaba ya casi asegurada, 1794 comenzó bien, el ejército francés hizo progresos casi en todas partes. La Comuna, con sus tendencias extremas, devenía superflua; su propaganda revolucionaria se convertía en obstáculo tanto para Robespierre como para Danton, ambos querían la paz, pero cada uno de manera diferente. En este conflicto entre tres elementos fue Robespierre quien triunfó, pero *en ese momento el terror devino para él un medio de mantenerse* y por consiguiente absurdo: el 26 de junio, Jourdan ponía a toda Bélgica a los pies de la República y, con ello, la situación de Robespierre se hacían insostenible; el 27 de julio caía éste y comenzaba la orgía burguesa.

“Bienestar para todos sobre la base del trabajo” expresa de una forma aún mucho más precisa las aspiraciones de la *fraternidad* plebeya de entonces. Nadie podía decir qué querían antes de que Babeuf, mucho después de la caída de la Comuna, le diese una forma precisa a la cosa. Si la Comuna, con sus aspiraciones de fraternidad, llegó demasiado pronto, Babeuf por su parte llegó demasiado tarde.

P. 100. Mendigantes v. Nota II extracto de Kareiev [aquí más abajo Nota II y nota 9, página 41, en esta edición]

El capítulo sobre los campesinos padece sobre todo de ausencia de cualquier fuente, salvo las más ordinarias.

¹⁹ ¿Capítulo VIII, página 33, de esta edición?

¡Los errores de los intrigantes son excelentes! Desgraciadamente, de Sybel no has utilizado las refutaciones austríacas, en él tienes sobre el segundo reparto de Polonia, etc..., un montón de cosas todavía que tomar, y como están *basadas en documentos auténticos*, son absolutamente utilizables en gran medida.

A propósito de Rodolfo, la historia demuestra que en Austria también el libertinaje *feudal*, en el que el soberano, o alguien de su familia, *honran* a las mujeres de sus súbditos cuando les conceden sus favores, debía ceder la plaza al libertinaje burgués en el que el seductor está obligado a dar satisfacciones al marido de la mujer seducida, o al hermano, etc... Cordiales saludos para Luisa así como también para Frankel, Adler, etc... ¿Qué es de Bardorf?, no se oye hablar nada de él.

A través de Bax, Hyndman trata de atraer a Ede a una alianza con él y los posibilistas. Este asno se imagina que entre nosotros todo pasa como en las camarillas literarias donde se establecen y rompen alianzas a voluntad, precisamente porque no se tiene a nadie detrás.

¿Qué te parece la novela de la igualdad sobre Rodolfo?

Tuyo cordialmente,
F. E.

Nota 1. *Cuarto Estado*

La idea de un cuarto estado junto a los otros tres surgió temprano en la revolución. Apareció desde el principio: Dufourny de Villiers: *Cahier du quatrième ordre, celui des pauvres journaliers, des infirmes, des indigents, etc..., l'ordre des infortunés*, 25 de abril de 1789. Pero la mayor parte del tiempo se entiende por cuarto orden al *campesino*, por ejemplo Noilliac, el panfleto más fuerte: *L'ordre des paysans aux Etats-Généraux*, 26 de febrero de 1789, p. 9: Tomemos de la constitución sueca los cuatro órdenes. Vartout: *Lettres d'un paysan à son curé sur une nouvelle manière de tenir les Etats Généraux*, Sartrouville, 1789, p. 7: He escuchado decir que en un país que está en el norte... se admite en los estados reunidos a campesinos. Se encuentra también alguna cosa sobre el cuarto orden: un folleto pide el cuarto orden de los *comerciantes*, otro el de los magistrados, etc...

(Kareiev, *Les paysans et la question paysanne en France dans le dernier quart du XVIIIè siècle*, Moscú, 1879, p. 327.)

Nota II. *Mendicantes*.

“Es característico que el número de gente caída en la indigencia (nischich, niscyi quiere decir: reducido a la mendicidad) era más considerable en las provincias reputadas de más fecundas; la causa era que en esas provincias había muy pocos campesinos propietarios de tierras.

Dejemos hablar a las cifras: en Argentré (Bretaña), de 2.300 habitantes que no vivían del comercio y de la industria, más de la mitad apenas tenían lo justo de lo necesario para sobrevivir, y más de 500 personas se veían reducidas a la mendicidad. En Dainville (Artois), de 130 familias, 60 estaban en la miseria. Normandía: en Saint-Patrice, de 1.500 habitantes, 400 vivían de limosna; en Sain-Laurent, de 500 habitantes, las tres cuartas partes (Taine). De los cuadernos de bailiazgo de Douai, vemos que, por ejemplo, en un pueblo de 332 familias, la mitad vivía de limosna (parroquia de Bouvignies); en otro pueblo, de 143 familias, 65 eran indigentes (parroquia de Aix) y en un tercero, de 413, alrededor de un centenar vivían enteramente de la mendicidad (parroquia de Landus), etc. En la senescalía de Pus-en-Velay, según el cuaderno del clérigo, de 120.000 habitantes, 58.897 no tenían capacidad para pagar impuesto cualquiera fuese cual fuese su naturaleza (*Archivos parlamentarios de 1787 a 1860*, volumen V, página 467). En las aldeas del distrito de Carhaix, se encuentran las

siguientes proporciones: Frerogan, 10 familias con holguras, 10 indigentes, 10 viviendo de la mendicidad; Montref, 47 familias medianamente acomodadas, 74 menos bien repartidas, 64 familias de pobres y jornaleros; Paule, 200 hogares a los que en la mayor parte del tiempo se les puede aplicar el nombre de mendigantes (*Archivos Nacionales*, libro IV, página 17). El cuaderno del párroco de Marboeuf se queja de que de 500 habitantes de ese poblado había alrededor de 100 mendigantes (Boivin-Champeaux, *Noticia histórica sobre la revolución en el departamento del Eure*, 1872, página 83). Los campesinos del pueblo de Harville decían que, faltos de trabajo, un buen tercio de ellos estaban en la mendicidad (encuesta de los habitantes de la comuna de Harville, *Archivos Nacionales*).

En las ciudades la situación no era mejor. En 1787, en Lyon había 30.000 obreros reducidos a mendigar. En París, de 680.000 habitantes, 118.784 se encontraban en la miseria (Taine, página 507). En Rennes, un tercio de la población vivía de limosna y otro tercio se encontraba continuamente en peligro de caer en la mendicidad (Du Chatelier, *La agricultura en Bretaña*, París, 1863, página 178). La pequeña ciudad de Lourletaunier, en el Jura, era tan pobre que, cuando la Constituyente estableció el censo electoral, de 6.518 habitantes solamente 728 fueron contados como ciudadanos activos (Sommier, *Historia de la revolución en el Jura*, Pau, 1846, página 33). Es verosímil que en tiempos de la revolución la gente que vivía de limosna se contase por millones. Así, un folleto clerical de 1791 afirma que en Francia había 6 millones de indigentes (*Dictamen a los pobres sobre la revolución presente y sobre los bienes del clero*, página 15), lo que, sin embargo, es un tanto exagerado. Pero la cifra ofrecida para el año 1777, de 1.200.000 mendigos puede que no esté por debajo de la verdad (Duval, *Cuadernos de la Marca*, París, 1873, página 116).

(Creo que algunos ejemplos reales te resultarán amenos).

Kareiev, p. 211-14.

x)²⁰ Te ruego entiendas que el tono despreocupado de mis notas se debe a la falta de tiempo y la estrechez de los márgenes del papel. También me ha faltado tiempo para controlar las fuentes, he tenido que hacerlo todo de memoria; de ahí que no todo sea tan preciso como yo quisiera.

²⁰ Este párrafo está tachado con lápiz.

Series de



- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
- Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
- Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
- Bleibtreu, Marcel
- Broué, Pierre. Bibliografía en red
- Comunas de París y Lyon
- Ediciones Espartaco Internacional
- Frencia, Cintia y Gaido, Daniel
- Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.
- Heijenoort, J. Van
- Just, Stéphane. Escritos
- Kautsky, Karl
- Munis, G. Obras Completas y otros textos
- Murphy, Kevin
- Parvus (Alejandro Helphand)
- Plejánov, G. V. , obras
- Rakovsky, Khristian (Rako)
- Rühle, Otto
- Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Series de nuestro sello hermano

Edicions internacionals Sedov



- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
 - *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
 - *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *Lenin: dos textos inéditos*
 - *León Sedov: escritos*
 - *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
 - *Obres escollides de Lenin en català*
 - *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *Rosa Luxemburg en castellano*
 - *Trotsky inédito en Internet y castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*